

PUNTO

ROJO



CUATRO PUERTAS ROJAS

silver kane



CUATRO PUERTAS ROJAS

SILVER KANE

CUATRO PUERTAS ROJAS

**1.^a EDICIÓN
MARZO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1963

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdo muy bien la casa del abuelo tal como era antes, en los años en que Ketty, Sigrid y yo jugábamos frente a ella, entre los inmensos árboles. Recuerdo los enormes muros de piedra, las enredaderas que trepaban por ellos, los cristales emplomados y el aire siniestro que parecía flotar en torno a la casa. Nuestros juegos eran siempre los mismos: «¿A que tú no ves un fantasma en aquella ventana? Yo sí que lo veo». A veces jugábamos a descubrir tumbas en el jardín. Eso no era difícil, porque la casa había sido antes una antigua abadía, y sus alrededores estaban tapizados de tumbas de los monjes, tumbas que la hierba y la maleza habían ya cubierto. Entre Sigrid y yo descifrábamos las inscripciones latinas o normandas, ya casi borrosas del todo, y tratábamos de imaginar cómo habían sido los seres que ahora reposaban allí, bajo nuestros pies, convertidos en polvo.

Sí, yo recuerdo muy bien cómo era la casa del abuelo. Lo he estado recordando durante toda mi cochina vida, desde que salí de allí, desde que me convertí para desgracia en Jimmy Logan, «el hombre que lo compra y lo vende todo», incluso cadáveres.

Pero ésa es otra historia,

Dejadme que os hable de la casa del abuelo, de aquella casa siniestra y a la vez gloriosa, donde yo pasé los primeros años de mi vida y donde vi por primera vez un hombre asesinado.

Diablos, sí, dejadme que os hable de eso.

La casa está situada en la costa sur de Inglaterra, cerca de Brighton, donde los burgueses gordos y las burguesas que vigilan su peso vienen a pasar los veranos y a chapuzarse lanzando grititos en las ásperas olas que les envía el canal de la Mancha. Como la casa

está edificada sobre unos peñascos, el mar se ve desde ella. No pasa ninguna carretera cerca, sino un camino vecinal, y las nubes cubren casi enteramente aquella zona alta, de modo que a veces, en plena mañana, era preciso caminar por el jardín llevando una linterna encendida.

La casa se dividía entonces en dos partes completamente aisladas una de otra. La primera era la planta baja, donde estaba el comedor, nuestros dormitorios, los cuartos de los criados y la gran sala de recibir con los cuadros de los antepasados. Ésa era la parte digamos visible de la casa. La otra estaba en el piso superior, donde no entraba nadie excepto el abuelo y algún criado de confianza. Allí estaban la inmensa biblioteca y un largo pasillo que llevaba de un lado a otro de la casa y que, según decía, tenía cuatro puertas.

Cuatro puertas rojas.

Yo no podía afirmarlo entonces porque jamás las vi. Es decir, sólo llegué a ver la primera.

Aquella mañana en que encontrarnos al abuelo muerto junto a ella.

Asesinado.

Luego vino lo de Ketty.

Yo ya tenía dieciocho años, y estudiaba leyes en Oxford, mientras que durante los veranos trabajaba en un periódico de Fleet Street. Me especializaba en sucesos, veía mucha gente muerta, trataba a tipos de toda clase y pensaba que aquél sería un magnífico aprendizaje para llegar a convertirme en el mejor abogado de Londres.

Ya se sabe lo que eso quiere decir.

Un tipo bien vestido en un despacho impresionante con paredes de piedra, ventanas ojivales estilo Tudor, miles de libros encuadernados en piel roja, una cuenta corriente que marea, una secretaria vieja para enseñarla a la gente y otra secretaria joven, con esto y con aquello... para no enseñarla a nadie.

Eso es lo que yo pensaba ser, pero no lo conseguí. ¿He dicho ya que me convertí en Jimmy Logan «el hombre que lo compra y lo vende todo»?

Pero no quiero anticiparme a la historia. He dicho que después del asesinato del abuelo vino lo de Ketty.

Con Ketty y con Sigrid había jugado yo en el jardín de la casa,

buscando las viejas tumbas de los monjes. Los tres éramos primos lejanos. En aquella época nos peleábamos, nos tirábamos del pelo y nunca se me ocurrió pensar que ellas eran de otro sexo.

Luego sí, al menos con Ketty.

Ketty tenía dieciocho años cuando ella y yo nos encontramos de nuevo en Fleet Street, la calle de los periódicos de Londres.

Resultó que Ketty quería ofrecer unas colaboraciones a la sección femenina del «Morning Graphic», que era el periódico —no demasiado importante— donde yo trabajaba.

Resultó que ya tenía dieciocho años.

¡Cuerno, qué dieciocho años!

Ketty tenía las facciones un poco rígidas, un poco duras, pues según ella misma decía, había nacido para ser una mujer importante. Pero quizá por eso mismo tenía tanta distinción, tanta categoría, tanta clase. Cualquier vestido parecía en ella el tocado de una reina. Se peinaba sencillamente y parecía, sin embargo, que la hubiese retocado el mejor peluquero de Londres. Tenía unas piernas donde las costuras de las medias eran como la línea, siempre ascendente, de una obsesión.

De pronto, al verla, me pareció como si el mundo entero cambiase, como si los años de mi niñez tuvieran un significado distinto.

Hice que la colaboración de Ketty fuera aceptada, y con ese motivo, para celebrarlo, la invité a cenar.

Debía haber pagado ella, pero pagué yo. Los hombres siempre hacemos esas cosas.

Y otras.

Fuimos un domingo a la vieja casa, que ahora estaba cerrada, y paseamos sobre las tumbas. Yo oía el quedo taconear de sus pisadas sobre las losas, que ahora estaban húmedas por la lluvia, y la veía tan bonita, tan deseable, tan distinta, que mi único anhelo era estrecharla en mis brazos y besada en la boca. Pero comprendía que aquello no estaba bien y que tenía que resistir.

Resistí dos domingos más.

Al tercero, cerca de la entrada principal del Museo Británico, quise besarla. Pero ella me rechazó diciendo que era una chica fina y que no quería comportarse como una sirvienta.

Bueno, a pesar de aquello seguimos saliendo juntos.

Yo la necesitaba, la necesitaba más rabiosamente cada vez, y su indiferencia llegaba a desesperarme. Hasta que al fin hice aquello. Hasta que al fin entré una tarde, sin llamar, en la pequeña habitación de la residencia universitaria, en Taviton Street, donde ella vivía.

La encontré besando a un hombre.

Rara chica aquella Ketty, cuerno.

Besaba bien, colgándose del cuello del tipo aquel y todo.

No se enfadó cuando yo salté sobre él, siguiendo un impulso irreprimible, y le golpeé en el pómulo, haciéndele saltar hacia atrás. Ni cuando lo empujé hacia la puerta. Ni cuando le golpeé en la nuca y el tipo no tuvo más remedio que salir rodando escaleras abajo.

No, Ketty no se enfadó por nada de aquello.

Cuando regresé, estaba comprobando con toda tranquilidad si era lo bastante recta la costura de una de sus medias.

Sólo dijo:

—Cuidado cuando me beses. Nada de estropear el *rouge*. Ya sabes que soy una chica fina.

Lo era, diablos, lo era. Lo juro ante la Carta Magna y la Constitución de los Estados Unidos.

Pero yo no he recordado a Ketty sólo por eso, sino por lo que está sucediendo ahora.

Porque ahora quieren condenarla a muerte.

No es lo mismo hablar de la Ley inglesa que hablar de Ketty, ni tampoco es lo mismo estar junto a ella que estar tragándose un librote con las viejas sentencias de Old Bailey. Pero es necesario decir por qué Ketty puede ir a la horca.

Está acusada de haber dado muerte a su esposo.

Porque no se casó conmigo, no. Se casó con el otro, con el tipo al que yo envié escaleras abajo.

Vivieron dos años juntos y al cabo de ese tiempo él apareció una mañana con la cabeza abierta de un balazo.

Ketty reconoció el delito, pero dijo que lo había hecho para defenderse, porque su marido era el hombre más vicioso que había conocido jamás y ninguna otra mujer hubiera resistido tanto.

Ahora bien, la Ley inglesa no reconoce las circunstancias atenuantes. O se ha matado o no se ha matado; lo demás no importa.

Y ése era el caso de Ketty. Lo demás no importaba. Ella había confesado y en paz.

Por eso he dicho que quieren condenarla a muerte. Y por eso ella me ha pedido ayuda a mí, el único granuja del mundo que puede salvarla de la cuerda.

CAPÍTULO II

La prisión de Broadmoor tiene una sección para mujeres que es, si cabe, más siniestra que la de los hombres.

En el segundo piso hay una galería que se destina exclusivamente para las condenadas a muerte y que, por fortuna, está casi siempre vacía, pero que esta vez tenía dos inquilinas.

Una de ellas era Ketty.

Ketty sin sus zapatos de alto tacón, sus medias de cincuenta deniers, sus cabellos bien peinados, sus ojos discretamente destacados por un velo de sombras. La Ketty que ahora me miraba, en la sala de visitas de Broadmoor, iba vestida con un uniforme gris plomo muy ancho, calzaba zapatos bajos y calcetines gruesos de lana. Resultaba distinguida aun así, pero uno la notaba tan distinta que, sin poder evitarlo, las lágrimas venían ridículamente a los ojos.

Yo me dominé.

—Siéntese —dijo la celadora—. Disponen de veinte minutos. Usted no es su abogado, señor Logan, y en consecuencia debo advertirle que el tiempo está tasado rigurosamente. Cuando transcurran los veinte minutos señalados no podrán cambiar una palabra más.

Yo iba a decir: «Sí, bruja, zorra, ojalá te mueras».

Pero dije sencillamente:

—Sí, señorita.

Aquella celadora ni aún vestida como una reina iba servir para nada.

—Jimmy... —musitó Ketty.

—¿Qué?

—Gracias por haber acudido a mi llamada.

—Hubiera venido antes, pero aquí hay que solicitar las visitas

con una semana de antelación.

—Lo sé. De todos modos aún tenemos tiempo. El juicio no se celebra hasta dentro de quince días.

—¿Cuánto hace que saliste de la cárcel, Jimmy?

A mí no me gusta que me hablen de eso, pero me lo tragué.

—Dos meses.

—¿Por qué te encerraron?

—Por algo grave esta vez. No fue un hurto de aficionado, de los que yo antes hacía de vez en cuando, más que nada para dar gusto a la diabólica habilidad de mis manos —me las miré con una especie de odio—. Esta vez me dio por comprar un cadáver.

—¿Un qué...?

—Un cadáver. Pero no me hagas hablar de eso ahora, Ketty. Ya resucitaremos esta conversación en otro momento. Más tarde, cuando tú salgas de aquí y tomemos un combinado en Picadilly Circus. ¿Te parece?

Vi que sus ojos, que antes eran duros, se volvían húmedos, nostálgicos y tristes.

—No saldré ya más de aquí, Jimmy.

—Yo estoy dispuesto a ayudarte. Si me has llamado es porque crees que todavía hay algo por hacer.

—Sí..., puede que sí.

—¿Qué es?

—El abuelo hizo testamento.

Me pasé la mano por los ojos mientras intentaba recordar la vieja casa, la cara del abuelo y el misterioso pasillo de las cuatro puertas rojas, donde nosotros no entramos jamás.

—No lo sospechaba —musité—. Yo creí que, precisamente, por falta de herederos, la herencia estaba dormida, o que tal vez había alguna cláusula que impedía adjudicarla antes de un determinado plazo. Pero ahora resulta que hay testamento... —suspiré—. ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

—No.

—¿Entonces...?

—Se lo oí decir al abuelo una vez..., poco antes de que muriera. Me confesó que había cuatro herederos: Sigrid, tú, yo y el hombre con el que me casé y al que he matado.

—¿Qué tenía que ver ese hombre con el abuelo?

—Era hijo de un antiguo socio. Le hubiera gustado que entrase en la familia y por eso fue él mismo quien me lo presentó. Si él era uno de los herederos, me interesaba que me correspondiera su parte de un modo u otro.

Lo dijo con naturalidad, sin ruborizarse, porque Ketty había sido siempre así: Cuando una cosa le interesaba, lo decía. Ella era una señorita desde que nació, y estaba por encima de las miserias del mundo.

—Siempre me extrañó que al fin te hubieras casado con él —musité—. Te llevaba casi veinte años.

—Fue por eso.

—Muy segura tenías que estar de la existencia de ese testamento para venderte por él.

Ketty no se ofendió.

—Existe —dijo—. El abuelo no mentía nunca.

—¿Y cómo no lo han encontrado? Es seguro que no estaba registrado en ninguna parte. Cuando él murió se miró en el Registro de Ultimas Voluntades y en varios notarios de Londres. No había testamento por ninguna parte, de eso quedamos seguros.

—Debe estar oculto en algún sitio, tras alguna de aquellas horribles puertas rojas que nadie abrió. Será un manuscrito, como todas las cosas que el abuelo hacía, o sea un testamento ológrafo. Eso es lo que necesito que hagas: encontrarlo.

—Ketty...

Se pasó la mano por sus hermosos ojos antes de contestar:

—Pregunta lo que sea, Jimmy.

—Si tú conocías eso, ¿por qué no lo dijiste cuando el abuelo fue asesinado y nosotros iniciamos los primeros trámites para la herencia? Había mucho dinero a repartir, muchísimo, y aún nadie lo ha tocado. ¿Por qué guardaste ese secreto?

—Porque no quería que nos matásemos, Jimmy.

La miré asombrado.

—¿No querías... que nos matásemos?

—Yo recuerdo exactamente lo que el testamento decía. Lo que el abuelo me explicó poco antes de que lo mataran: la herencia tenía que estar unos años inmovilizada. No podía repartirse hasta el día primero del mes próximo, o sea dentro de diez días exactamente. Y entonces correspondería toda íntegra a aquel de los herederos que

en esa fecha viviese.

Tragué saliva lentamente, mientras la miraba.

Las mujeres siempre dan sorpresas, y cuando hablan de dinero mucho más, pero Ketty era todo un caso.

—¿Te das cuenta de que si ese testamento aparece, a mi me interesa que te maten? —susurré.

—Me doy cuenta, pero sé que tú no harás eso, Jimmy.

Pasé mi mano derecha por los labios secos, mientras pensaba que estaba sin blanca y en lo bonito que sería hacer aquello.

Pero no.

—No soy de los tipos que hacen cochinadas de esa clase —aseguré—. Lo que una mujer puede temer de mi es otra cosa.

Los ojos de Ketty volvieron a hacerse duros y fríos otra vez, como si calculase lo que había que hacer segundo por segundo.

—Necesito que lo encuentres, Jimmy —musitó—. Tú eres el ladrón más hábil que conozco, el tipo que mejor sabe encontrar cosas en todo Londres. Registra la casa de cabo a rabo hasta que aparezca. Es mi única esperanza.

—¿Por qué?

—He examinado detenidamente la situación con mi defensor. Cuando el juicio empiece, yo negaré mis primeras declaraciones y alegaré que hube de matar en defensa propia. Naturalmente se creará un clima adverso, porque parecerá que hablo por hablar y que mis afirmaciones no puedo probarlas. Cuando más frágil parezca mi situación, mostraremos el testamento, según el cual mi marido podía tener un motivo para matarme, y quedará claro que pude verme obligada a defenderme.

—También aparecerá claro que tú pudiste tener un motivo para matarle a él. Es una espada de dos filos.

—Es que debo convencer a todo el mundo de que yo no conocía el testamento, y él sí. Una vez descubierto el documento de que te hablo habrás de ingeniártelas para abrir la caja de caudales que está en su despacho y que aún no ha tocado nadie. Introducirás el testamento allí y lo olvidarás por completo. Mi defensor pedirá a última hora que, entre los medios de prueba, sea abierta la caja de caudales por un miembro del Tribunal. Aparecerá entonces el testamento que, según todos los indicios, sólo él conocía. Estoy segura de que ello planteará en el jurado una duda tan grande que

no se atreverán a condenarme de ningún modo. Y es mi única salida.

Reflexioné sin mirarla. En efecto, podía ser la única salida. Ketty era un mujercita inteligente y que sabía por dónde iba. Y yo estaba obligado a hacerle aquel favor porque no podía dejar que fuese a la horca la primera muchacha que me habló del cuidado que hay que tener con el *rouge* cuando uno besa.

—Recuerdo que de pequeño siempre me daba miedo aquella casa —dijo—, y aún quizá me lo dé ahora Pero volveré.

En ese momento se acercó la celadora, moviendo su popa de elefante, para dar por terminada la entrevista. Esta vez lo solté.

—Adiós, bruja.

CAPÍTULO III

No era agradable regresar a la vieja casa.

Ni siquiera para mí que ya estoy de vuelta de muchas cosas, resultaba sugestivo quedarme allí durante Dios sabe cuántas noches, registrar en lugares que no me había atrevido a pisar nunca y desvelar los secretos de un muerto.

Pero iría.

Vaya si iría, diablos.

Ketty me lo había pedido, y Ketty tenía para mi gusto los labios más bonitos y dulces de Inglaterra, las piernas más bien hechas, las... Bueno, todo.

Pensando en ése todo, preparé una ligera maleta con mis cosas—entre ellas las herramientas para violentar cerraduras— y me dispuse a salir para Brighton, desde donde iría a la casa.

Brighton estaba desapacible, frío y desierto a pesar de encontrarnos casi a principios de temporada. Las olas rompían contra la playa y enviaban a los escasos bañistas pedruscos así de gordos. Los grandes casinos, los lujosos hoteles, daban la sensación de antiguas cosas muertas. En un café, una orquesta que había empezado su contrato demasiado pronto desgranaba las notas de un *blues* que no escuchaba nadie. Quizá fue por eso por lo que me senté allí, para que los músicos no se sintieran desairados pensando que hacían un trabajo inútil.

Pasaron algunos hombres en los que no me fijé para nada y algunas chicas en las que me fijé del todo. Yo tengo ese defecto, diablos, no voy a negarlo. Hago cualquier idiotez por una mujer.

Y de pronto la vi a ella.

Pasaba junto al malecón, lenta y tranquila, sintiendo cómo las olas rompían casi bajo sus pies. Tenía los cabellos color rubio

pálido, los ojos de un extraño azul gris y los labios gruesos y rojos. Vestía falda ceñida, suéter deportivo y zapatos de alto tacón, con los cuales, a pesar de todo, caminaba ágilmente.

Tenía una figura perfecta, una de las figuras más bonitas que yo recordaba haber visto, y eso que me he pasado media vida mirando figuras, como el lector ya habrá sospechado hace tiempo.

Al principio no la reconocí.

Luego me fijé en ella mejor y estuve a punto de dar un salto en mi asiento.

Era Sigrid.

Sigrid, con la que había jugado de niño en la vieja casa del abuelo. Sigrid, mi prima lejana. La que también tenía de todo, como Ketty, y hasta un poquito más.

Me levanté, dispuesto a seguirla.

Durante más de diez años no nos habíamos visto, y dudaba que ella me reconociese, pero no quería dejarla pasar así. Cuando iba a cruzar la calzada vi aquel coche.

Era un «Pontiac» americano y cualquiera hubiese dicho que lo conducía un novato, por lo despacio que iba.

Pero el tipo no me miraba a mí, no miraba a la calle ni a los sitios en que normalmente hubiera debido poner su atención.

Vigilaba a Sigrid.

Cuando ella bajó del malecón para cruzar también la calzada, oí el brusco cambio de marcha del «Pontiac». El conductor había metido segunda para acelerar con potencia. Oí el ronquido del motor de veintiséis caballos. El «Pontiac» se lanzó adelante como un bólido.

Fue la intuición lo que me hizo gritar:

—¡Sigriiiiid!...

Ella no se había dado cuenta de la maniobra del «Pontiac», pues estaba a unas cincuenta yardas. Oyó mi grito y reaccionó con más velocidad de la que yo esperaba. Igual que una atleta, se arrojó de costado contra la acera, mientras el coche pasaba aullando por su lado, como una exhalación.

El buitre que lo guiaba estuvo a punto de subir a la acera para atropellarla, pero, no pudo.

Las cincuenta yardas que me separaban de la muchacha las hice en menos de cinco segundos. Salté sobre ella y la cubrí, mientras

dábamos dos vueltas sobre nosotros mismos.

Hicimos bien.

La corta ráfaga de metralleta levantó aristas al asfalto a un par de dedos de nuestras cabezas. Las balas se empotraron, mientras conteníamos la respiración.

El «Pontiac» tomó chirriando una curva, sobre dos ruedas, mientras el conductor aceleraba, perdiéndose por la carretera que lleva a Londres.

Sigrid no me miró siquiera al ponerse en pie. Con una agilidad que yo no esperaba, saltó y consiguió librarse de mis brazos. Dijo sencillamente:

—Gracias.

Y fue a desaparecer. Tan tranquila, como si no hubiera pasado nada.

—¡Sigrid! —llamé—. ¡Sigrid!...

Se volvió y sus ojos se clavaron en mí como si estuvieran sufriendo una alucinación. Vi que sus labios temblaban, y juro que me parecieron más bonitos que antes. Musitó:

—¡Jim! ¡Jimmy Logan! ¡No es posible...!

—No nos habíamos visto en diez años, Sigrid.

—Y en buenas circunstancias nos hemos ido a encontrar, ¿eh?

No pudimos hablar más porque en ese momento nos rodeó un montón de gente. Un policía empezó a apartar a todo el mundo y nos echó la zarpa encima. Creo que sólo cinco minutos después estábamos ya en una elegante comisaría cercana a la playa, donde un inspector nos interrogó acerca de todo lo que había ocurrido.

Me sorprendieron las respuestas de Sigrid.

—¿Conocía usted al conductor del coche?

—No.

—¿Pudo ver la matrícula?

—No.

—¿Al menos se fijó en algún detalle?

—No.

—¿Tiene alguien motivo para asesinarla?

—No.

Eran demasiadas negativas para que todo fuese cierto, pero le seguí la corriente. De modo que cuando me tocó a mi dije que no sabía si era de día o de noche, que no había visto al conductor, que

no conocía la matrícula del coche y que me había parecido que era un «Pontiac», aunque no estaba seguro de nada.

El inspector terminó pensando que Sigrid había sido víctima de un error, dio órdenes para que fueran interceptados todos los «Pontiac» que se dirigiesen a Londres y nos pidió que le diésemos la dirección por si había que interrogarnos de nuevo.

Antes de que Sigrid pudiera decir nada, yo susurré:

—¿Dirección? Pueden apuntar ésta: Sunset Manor. Es una vieja casa muy conocida. Está a pocas millas de aquí.

—Lo sé —dijo el inspector.

—Pero... —fue a protestar Sigrid.

—De modo que nos encontrará allí —dije, sin permitir que terminara de hablar—. Buenas tardes, inspector; y gracias.

Salimos.

—¿Por qué has dicho que vivíamos en Sunset Manor? —preguntó ásperamente Sigrid—. ¿No sabes que la casa está cerrada?

—Voy a volver allí.

—Tú haz lo que te venga en gana, pero no decidas por mí.

—¿En qué lugar de Brighton vives?

—Aún no tenía sitio. He llegado esta mañana en el tren y tengo mi equipaje en consigna.

—Igual que yo. Vamos a recogerlo.

—Pero ¿por qué tienes interés en volver a Sunset Manor?

—¿Y tú por qué me has engañado y has engañado a policía?

—¿Cómo?...

—No digas que no sabías nada. Que no imaginabas que iban a matarte. Que no tenías ni idea de quién era el cerdo que conducía aquel «Pontiac».

Ella reflexionó un momento, mientras sus labios rojos parecían besar el aire.

—Dame un cigarrillo.

Se lo di, mientras caminábamos lentamente hacia la estación, vigilando instintivamente todos los coches que se acercaban a nosotros.

—¿Por qué les has engañado? —repetí.

—A ellos no les importa.

—¿Quién te persigue?

Me miró. Movía los labios con avidez. Daba envidia el cigarrillo

prisionero en ellos.

—Más vale que me dejes, Jim.

—¿Por qué?

—Son peligrosos.

—Por lo tanto los conoces...

—Claro que sí. Son Oswald y sus compinches. Ellos forman, por decirlo así, «el brazo ejecutivo» de una organización de espías. Son los encargados de apretar el gatillo cuando hace falta.

¿Y qué tienes tú que ver con una banda de espías? ¿A qué te has dedicado en estos diez últimos años, Sigrid?

—Ya sabes que tenía afición por la pintura. He pintado.

En aquel momento, en un bar, alguien estaba colocando un anuncio consistente en una acuarela donde se veía a una chica en bañador tomando una famosa bebida americana. La chica estaba para parar un tren.

Era Sigrid.

—Y te han pintado a ti —dije.

—Hay que ganarse la vida.

Se encogió de hombros y lanzó al aire una bocanada de humo.

—Repito. ¿Cómo fue eso de verte envuelta en las maquinaciones de un grupo de espías?

—Fue por Cannon.

—¿Quién es Cannon?

—Quién era, querrás decir.

—¿Lo apiolaron?

—Sí, con propina y todo.

—Bueno, ¿quién era?

—Pintaba conmigo. Nos hicimos amigos, pero no en el mal sentido, como debes estar pensando. El quería enseñarme técnicas fotográficas, porque decía que una cameraman dotada de sentido artístico, como yo, podía ganarse muy bien la vida. Nos lanzamos por las costas inglesas a hacer prácticas, pero resultó que Cannon era más listo que yo. Me filmaba a mí, pero teniendo como fondo las instalaciones de radar y las defensas antiaéreas de la costa inglesa. Era todo un tío.

—¿Para quién trabajaba?

—Por cuenta propia, desde luego. Pensaba vender los films al mejor postor, pero los de Oswald le seguían ya desde tiempo atrás.

Querían apoderarse de unos trabajos que Cannon había hecho con habilidad increíble, y por eso lo mataron. Es un procedimiento que emplean casi siempre por ser más cómodo. Mataron a Cannon delante de mis propias narices, pero yo conseguí escapar. Ahora quieren eliminarme para que no quede ningún testigo ni del crimen ni del robo que lo motivó.

Arrojó el cigarrillo al suelo y preguntó:

—¿Más cosas? ¿O tienes bastante ya, hermanito?

—¿Por qué no has denunciado todo eso a la policía?

—Porque entonces nadie me libraría de la muerte. Sé que terminarán convenciéndose de que no pienso delatarles y me dejarán en paz. En cambio, si uno solo de ellos va a la horca por mi causa, no me perdonarán.

—Eso es querer hacer un pacto con el lobo.

—A ti no te importa. Si el lobo termina comiéndome, es cosa mía. Y ahora, al diablo.

Era un modo muy poco elegante de despedirme. Seguía siendo tan orgullosa, tan altiva y tan indiferente a los hombres como diez años atrás. No me extrañó que Cannon no hubiera conseguido nada de ella por muy bien hecho que estuviese el tío. Lancé también mi cigarrillo y dije:

—Adivino que estás huyendo y que no sabes ya dónde meterte.

—¿Y a ti qué te importa?

—Eres mi prima, ¿no?

—Una prima muy lejana. No hay motivo para que arriesgues tu piel defendiendo la mía.

—Es que también eres una mujer.

—Si tuvieras que defender a todas las mujeres que se encuentran en peligro, ibas listo.

Me mordí los labios y al fin lo solté:

—Es que también me gustas.

Lanzó una carcajada que hizo volverse a los severos *gentlemen* que en aquel momento entraban en la estación de Brighton.

—Bueno, eso es distinto —reconoció—. Si quieres seguir el juego síguelo, pero no vas a conseguir nada. Efectivamente, voy huyendo y no sabía ya dónde meterme; además, casi estoy sin blanca.

—Por lo tanto, ¿por qué no vienes a Sunset Manor? Al menos allí no pagaremos alojamiento.

—Veo que nuestra orgullosa familia ha venido muy a menos —
rió—. De acuerdo, está bien. Vamos.

Sólo cuando hubimos recogido nuestros equipajes me preguntó:

—¿Pero qué vas a hacer allí?

—Voy a hacer de ladrón.

—¿Quéee?...

No quise darle más explicaciones.

Tomamos un autobús que pasaba a tres millas de la casa, por la carretera principal, y lo abandonamos en el cruce con el caminito vecinal que llevaba a Sunset Manor. Allí tomé yo las dos maletas y avanzamos a pie mientras el cielo se iba tiñendo de violeta.

Cuando llegarnos a Sunset Manor era ya completamente de noche, pero las altas y gruesas paredes estaban tétricamente alumbradas por la luna.

CAPÍTULO IV

Fue Sigrid la que lo dijo:

—No me gusta haber vuelto aquí.

—Pues, sin embargo, en esta casa pasamos nuestra infancia...

—Sí, pero era distinto. Entonces no nos dábamos cuenta de muchas cosas. Además ahora... ahora estaremos solos aquí.

Miré la casa, deteniendo mis ojos en los gruesos muros y en la impresionante puerta de hierro.

—¿Cómo lograrás abrirla? —preguntó Sigrid.

—Tengo herramientas aquí.

—¿Herramientas? ¿Entonces es cierto que has venido a hacer de ladrón?

—Tenía ya una buena técnica cuando entré en la cárcel —dije—. Y allí la he perfeccionado.

—¿La cárcel...?

Sigrid me miraba con incredulidad, como si no comprendiera.

—Sí —dije—. Nuestra orgullosa familia ha venido muy a menos, como tú dijiste. El abuelo fue asesinado, yo he estado en la cárcel, tú has tenido que dedicarte a hacer de modelo y Ketty está condenada a muerte, o va a estarlo si no logro ayudarla. Todo un panorama.

Apreté los labios, y yo comprendí que sabía lo de Ketty.

—¿Estás aquí por ella? —susurró.

—Sí.

—Entonces, hagas lo que hagas, te ayudaré.

Le pasé el brazo por los hombros, dispuesto a aprovechar la situación, y le dije:

—Gracias, chiquilla.

Pero ella se desasíó y por poco me suelta un guantazo.

—Menos amor, chiquillo.

Me resigné y empecé a trabajar en la puerta. En Sunset Manor no había guarda, eso lo sabíamos todos. La vieja cerradura resistió porque estaba oxidada, pero al fin pude vencerla. Un hálito de humedad, de frío, de silencio, casi diría que de horror, nos recibió al entrar en la casa.

La luz lunar, entrando por las altas ventanas, iluminaban la gran escalera de piedra que ascendía al pise superior. Por aquella escalera nosotros, siendo niños, no habíamos subido nunca. Allí empezaba el imperio prohibido, el lugar secreto donde estaban las cuatro puertas rojas. Yo tragué saliva, y noté que Sigrid contenía la respiración.

—Nunca subimos por ahí... —musitó.

—Ahora vamos a tener que hacerlo.

—¿Esta noche?

—Cuando menos tiempo perdamos será mejor, muchacha. No sé si lo que voy a buscar me ocupará horas, días o tal vez semanas, en cuyo caso nada habría conseguido. Está pendiente la vida de Ketty y yo debo actuar inmediatamente. Quédate abajo, si quieres.

—¿Sola?

Por el tono de su voz comprendí que quedarse sola allí era lo último que a ella se le hubiera ocurrido.

—Entonces acompáñame. Necesitamos un quinqué, pero debe haberlos en la cocina. Vamos.

Aquel terreno ya nos era conocido. Incluso sentimos una dulce nostalgia al caminar por los viejos corredores por donde habíamos corrido siendo niños. Cada recodo, garabato dibujado en la pared nos evocaba un recuerdo. Noté que los ojos de Sigrid, sin que ella se diera cuenta, se habían vuelto húmedos.

Encontramos un quinqué, humedecimos su mecha en petróleo y logramos encenderlo. Luego subimos con él las inmensas escaleras de piedra.

Nuestras sombras se proyectaban en la pared, alargadas y monstruosas como las de dos seres de pesadilla.

Entramos en la biblioteca, donde el polvo cubría materialmente los libros, y allí vimos el principio del corredor. Allí estaba lo que yo esperaba y temía. La primera de las cuatro puertas rojas.

Oí, como un sonido lejano e incomprensible, el castañetear de

los dientes de Sigrid.

—¿Vas a abrirla? —susurró.

—Por lo menos lo intentaré.

Me puse a trabajar, intentando no pensar en nada, intentando ahogar mis recuerdos, mientras ella sostenía el quinqué. La cerradura era vieja y también cedió tras veinte minutos de forcejeo. Por fin empujé la puerta tapizada de terciopelo rojo.

Sigrid levantó el quinqué para iluminar lo que había más allá, para descubrir el mundo secreto que iba a desvelarse ante nuestros ojos.

En aquel momento soltó la lámpara mientras lanzaba un horrible grito de agonía.

CAPÍTULO V

El quinqué resbaló de su mano derecha y fue a caer al suelo, pero yo pude sujetarlo antes de que se hiciera añicos.

En cierto modo obré con tanta rapidez porque tenía miedo. No quería quedarme a oscuras ante lo que Sigrid había visto. Por eso sujeté el quinqué y lo levanté a mi vez a la altura de los ojos.

Yo contuve también un grito.

Porque el abuelo estaba allí.

Bueno, supongo que debo explicarme.

He dicho antes que el abuelo fue asesinado hace varios años, y es cierto. Lo que estaba allí, ante nuestros ojos, detrás de la primera puerta roja, era su cadáver. Su cadáver embalsamado, con los ojos vidriosos, espantosamente inmóviles, clavados en la puerta.

Sir Archibald Logan, el abuelo, había sido un hombre elegante toda su vida, y continuaba siéndolo después de muerto. Vestía un impecable traje gris oscuro que ya iba quedando sin color, cuello de celuloide ya amarillento, corbata de lazo y camisa de seda. Verlo allí, tan compuesto, y saber que estaba muerto desde muchos años antes, causaba una angustia que no necesito describir.

Sigrid balbució:

—No, no puede ser.

Intenté hacerme el valiente.

—¿Por qué te inquietas, mujer? Yo también me he llevado un buen susto, pero al fin y al cabo no es nada. Sólo está aquí su cadáver.

—¿Te parece poco?

—Toma el quinqué e ilumíname tú. Voy a verlo.

La dejé atrás, mientras temblaba su mano de tal modo que la

llamita sólo arrojaba sombras. Rocé un poco, sólo un poco, la piel del cadáver, y noté que corría peligro de convertirse en polvo. Estaba embalsamado allí desde muchos años antes, desde que lo mataron. Sentí una cosa muy extraña y noté que me estaba ahogando porque había contenido la respiración.

—¿Qué...? —preguntó Sigrid.

—Está embalsamado, claro.

—Por supuesto.

—¿No notas un olor raro en la habitación?

—No seas aprensiva. Un cadáver embalsamado no huele en absoluto, y además ha estado entrando aire durante años por las junturas de esa ventana. Lo que ocurre es que no esperábamos esta sorpresa. Por cierto, ¿sabías tú si él había pedido que lo embalsamasen?

—Ni idea.

—¿Había dispuesto que lo trajesen aquí?

—Tampoco estoy enterada de eso. Ya recordarás que, cuando ocurrió lo de su muerte, se nos llevaron a todos del castillo. Quiero decir a los tres. Creíamos que lo habían enterrado normalmente, pero no debió ser. Lo embalsamarían y lo traerían a esta habitación.

—Lo que no concibo —susurré— es cómo lo permitieron las autoridades. Los cadáveres, incluso embalsamados, deben recibir sepultura.

—Quizá esto se hizo sin autorización.

Apreté los labios, mirando delante nuestro, más allá del cadáver. Estábamos en un amplio pasillo que comenzaba precisamente en la puerta roja que acabábamos de abrir. Más allá, a unos doce metros, había una segunda puerta roja, iluminada claramente por la luz de la luna.

Aquella puerta era como una muda invitación y a la vez como un macabro desafío.

—No, no sigamos adelante —musitó Sigrid.

—Sí... Creo que esta noche ya es bastante.

—¿Es que mañana vas a seguir abriendo puertas?

—A la luz del día todo será distinto, ¿no?

Ella apretó los labios.

—Mira, Jimmy, yo nada tengo que hacer aquí. De modo que lo mejor será buscarme un alojamiento en el pueblo y...

—¿Te vas a marchar ahora? ¿De noche?

Suspiró resignada.

—No, claro... Por supuesto que no. Tendré que esperar a que amanezca, pero te prometo que a partir de entonces no voy a estar aquí ni diez segundos más. Lo que tengas que hacer, hazlo solo.

Retrocedí poco a poco y cerré la puerta.

—Vamos, Sigrid.

Descendimos en silencio las viejas y solemnes escaleras por las que de niños jamás nos habíamos atrevido subir. Ahora una muda sensación de horror nos apretaba la garganta:

Sigrid musitó:

—Vámonos de aquí.

—No podemos, muchacha.

—¿Por qué?

Tú querrás ayudar a Ketty, supongo.

Apretó los labios.

—Sí. Claro que quiero ayudarla. Hemos vivido como hermanas durante muchos años. ¿Pero qué tiene que ver esto con...?

—Mucho.

—Mucho.

Y le expliqué detalladamente lo que habíamos hablado con Ketty en la prisión de Broadmoor. Sigrid comprendió que ella tenía razón, que aquello podía ser, después de todo, una salida.

—Hago esto porque estoy convencido de que ella es inocente —dije—, de que mató en un acceso de locura y desesperación, y en cualquier otro país la condenarían a una pena más bien simbólica. Si ella fuese a la horca yo lo estaría lamentando durante toda mi vida, Sigrid.

—No necesitas decirme más.

Ya en la planta baja, fuimos a lo que había sido el comedor del servicio y pusimos la lámpara sobre una mesa. Sigrid musitó:

—¿Qué piensas hacer?

—Pues verás, muchacha. Para empezar...

Me senté a su lado y le pasé una mano por los hombros. Ya no era la niña con la que yo había jugado, palabra. Ahora estaba como un acorazado. Ella lo notó y cambió inmediatamente de asiento.

—Para empezar vas a estarte quieto, so vampiro.

—Mira, Sigrid, nos conocemos desde niños y...

—A ti empiezo a conocerte ahora.

—Está bien, como quieras...

—Te he preguntado qué piensas hacer.

—Por lo pronto aguardar a mañana. No tengo absolutamente ninguna idea, te lo confieso.

Tomé una vieja revista de las que estaban en los anaqueles. Eran revistas de cine de diez años atrás, pero un poco atrevidillas. En la portada se veía una chica en combinación con un tío al lado. El tío la estaba besando, el muy buitre. Se la enseñé a Sigríð por si e ejemplo cundía, pero la cosa no dio resultado.

En consecuencia nos fuimos a dormir. Yo me instalé en un diván, cerca de una de las habitaciones, en cuya cama se tendió Sigríð sin desnudarse. A pesar de que cerró la puerta con llave, me exigió que diese golpecitos en ella cada media hora para asegurarse de que continuaba allí.

Total, que pasé una noche de aúpa.

Por la mañana amaneció con un magnífico sol. Fue precisamente eso lo que me despertó, cuando la luz llegó a mis ojos a través de los cristales emplomados. Eso y el ruidito que se oía arriba.

Un ruidito como de pasos furtivos, y también, de vez cuando, como el zigzag de una mecedora.

Al principio no presté a aquello atención. Puede decirse que ni me di cuenta siquiera.

Bostecé, desperezándome, y me asomé a una de las ventanas. Como siempre, se veía a través de ella los acantilados y, más lejos, el mar. Como siempre también, la sensación de soledad era angustiosa. Miré el reloj. Eran las seis treinta.

Y otra vez, de pronto, me pareció oír los ruiditos arriba. Sobre todo el zigzag de la mecedora.

En mi cerebro, todavía ofuscado por el sueño, la idea tardó en penetrar ¡Alguien se movía arriba! ¡Y precisamente el cadáver lo habíamos visto la noche antes en la mecedora!

—Sigríð —llamé—. Sigríð...

La muchacha apareció alisándose la falda arrugada pasándose una mano por los ojos soñolientos.

—¿Qué ocurre?

—¿Quieres acompañarme o prefieres quedarte aquí?

—¿Por qué voy a quedarme aquí? ¿Qué pasa?

No le contesté directamente. Sólo dije:

—Entonces ven.

Menos mal que era de día. Menos mal que lucía el sol porque de lo contrario pienso que hubieran saltado sus nervios como cuerdas de guitarra.

Detrás de la primera puerta roja, la mecedora estaba vacía.

CAPÍTULO VI

Ahora si que Sigrid lanzó un grito incontenible, lacerante, un grito que me deshizo los nervios como si me los hubieran pinchado uno a uno.

Le tapé la boca porque no pude resistirlo más.

Ella echó a correr escaleras abajo, y me di cuenta de que no era dueña de sí misma. Podía cometer una locura. Por eso di media vuelta y corrí tras sus pasos. En la gran puerta de hierro de la entrada se detuvo, pero fue solo un instante.

Logró abrirla.

Echó a correr a través del bosque, hacia el camino vecinal, mientras yo intentaba detenerla.

—¡Sigrid! ¡No seas loca, Sigrid! ¡Esto tiene que tener una explicación! ¡Detente...!

Ella no se detuvo, pero empezó a hacer cosas raras.

Era incomprensible, al menos para mí, que la estaba siguiendo. Parecía haber perdido el sentido de la orientación y casi del equilibrio, porque daba traspiés y no parecía seguir una dirección fija.

Aullé:

—¡Sigriid...!

Fue entonces cuando chocó contra el árbol.

Exactamente como si no lo hubiera visto, corrió hacia él y dio de cabeza contra el tronco, produciéndose un chasquido seco. Cuando llegué junto a la muchacha.

Había perdido el sentido y tenía el rostro bañado en sangre a causa del impacto.

Diablos, aquello no lo entendía nadie.

El tronco era grueso y hacía tanto bulto como las caderas de

Sofía Loren. Era imposible que no se hubiera dado cuenta de que estaba allí, aun corriendo como corría. Bruscamente me di cuenta de que me hallaba ante algo inexplicable.

Pero, como todo en la vida, debía tener su lógica. Miré hacia la ventana de la casa que correspondía al pasillo de las puertas rojas, y pude ver una pequeña parte de la mecedora vacía. Miré también las ventanas que continuaban. Ninguna daba a aquel pasillo. Detrás de las otras puertas rojas debía haber por fuerza la oscuridad más impenetrable.

Tomé a Sigrid en mis brazos y la llevé hasta la casa, tumbándola en el diván donde yo había dormido. Le puse una manta sobre las piernas y fui en busca de un poco de agua fresca, ya que era inútil intentar encontrar allí un poco de licor.

Salí al vestíbulo, donde comenzaban las enormes escalinatas de piedra.

Vi entonces, sobre la polvorienta alfombra que no se había tocado en muchos años, un cigarrillo. Era de la marca «Craven A», de los que a mí me gusta fumar. Tenía una hendidura muy notable en su centro, como si los dedos del fumador lo hubieran apretado con demasiada fuerza.

Debía llevar allí unos diez minutos, porque aún olía a tabaco fresco.

Como podía comprometerme, lo guardé en uno de los bolsillos de mi americana y volví a la habitación donde estaba Sigrid después de empapar mi pañuelo en agua fresca.

Vi que aún no había recobrado el conocimiento.

Extraje el cigarrillo, lo olí de nuevo y lo guardé cuidadosamente en el bolsillo de las cerillas. Estaba haciendo esto cuando tuve la sensación de que alguien me miraba.

Sigrid.

Sigrid había abierto los ojos y los tenía clavados en mí con una expresión muy extraña. Por un momento me dije que debía estar sospechando la verdad, pero en seguida comprendí que no era así. Sólo estaba sorprendida por el hecho de ver que yo guardaba un cigarrillo tan cuidadosamente.

—¿Qué haces? —musitó.

—Pues..., ¿qué voy a hacer? Nada... Estaba esperando que te rehicieses. Precisamente ahora iba a aplicarte sobre la frente un

pañuelo empapado en agua fría.

—¿Por qué guardas ese cigarrillo?

—Una costumbre tonta —dije, mientras lo lanzaba contra la ventana—. No hagas caso.

Fui hacia ella, sentándome en uno de los extremos del diván.

—¿Qué te ha ocurrido, Sigrid?

—¿Es que no lo sabes?

A pesar de que su voz parecía natural, tomé una de sus manos con gesto de alarma.

—¿Saber? ¿Qué...?

—Ya me ocurría cuando pequeña, y con los años la cosa ha ido empeorando.

—Perdona, Sigrid, pero no recuerdo. ¿Qué era lo que te sucedía? ¿Han pasado tantos años!

—¿Ya no te acuerdas de que no podía correr porque al cabo de un rato tropezaba con las cosas?

Me llevé la mano a la frente, mientras llegaba a mí algo como una luz procedente de aquellos años que me parecían tan remotos.

—Sí —dije—. Ahora recuerdo... Tus ojos eran incapaces de enfocar bien los objetos cuando te ponías muy nerviosa o estabas muy asustada. Hasta una vez caíste en un barranco porque no lo habías visto... ¿Pero no te has curado desde entonces?

—Llevé gafas durante años, pero luego me parecieron insoportables. Los cristales demasiado gruesos, ¿sabes? Como normalmente veo bien, no he dado importancia a lo de mis ojos... hasta hoy.

—¿Entonces no has visto aquel árbol?

—No.

—Supongo que eso tendrá tratamiento —dije para animarla—. A lo mejor con una operación sencilla...

—Sin duda, pero no me preocupa.

—Ahora debe preocuparte, Sigrid.

Arqueó una ceja.

—¿Por qué?...

—Imagina lo que sería de ti si alguien te persiguiera.

—¿Qué quieres... decir?

—Nada... —dije, separando las manos, como para disculparme—. En realidad no quería decir nada...

Noté sus dedos haciéndome daño a través de la manga, hincándose como garfios en mi piel.

—Tú ibas a decir algo, Jim. Sigue...

—Iba a decir que es una lástima que no te hayas preocupado más de eso. Trato de imaginar lo que sería si alguien te persiguiese mientras enfrente tuyo, sin que lo vieras, te aguardaba... el asesino.

Ahora sí que sus dedos me hicieron daño, tanto que crispé la mano instintivamente.

—¿Por qué dices... el asesino?

—No sé. Ni yo mismo me he dado cuenta.

—Sin embargo, hablas como si supieras que han matado a alguien.

—Al abuelo lo asesinaron.

—¡Hace ya tantos años...!

—Pero su asesino nunca fue descubierto.

Noté que Sigrid se estremecía. Temblaron incluso debajo de la manta, sus hermosas piernas.

—¿Crees... que puede estar aquí?

—No sé, Sigrid. Todo esto es inexplicable.

Se puso en pie y tomó de mis manos el pañuelo para quitarse del rostro las manchas de sangre. Noté que estaba tensa, que parecía captar mil peligros en el ambiente. Luego musitó:

—Deberíamos avisar a la policía.

—¿No comprendes que no puede ser?

—¿Por qué?

—Por lo mismo que te expliqué anoche. Todo esto tiene que ser absolutamente secreto, para que la ayuda le resulte a Ketty efectiva. Si es la policía la que descubre el documento que busco, ¿de qué nos servirá?

—Comprendo.

—De todos modos —susurré—, si quieres vete de aquí. Yo no puedo retenerte después de lo que ha sucedido.

—No sé lo que es peor —dijo con lentitud—. Por lo menos aquí me siento segura en un sentido, y es al pensar que no resulta fácil que me encuentren los esbirros de Oswald. En cambio, si salgo, me encontrarán en cualquier punto de la costa sur de Inglaterra. Lo estarán vigilando todo, desde los más lujosos hoteles a las humildes posadas. Ni dormir en los bancos de los parques públicos me

serviría. Por eso pienso que tal vez sea preferible que me quedara aquí contigo.

—Tienes razón —reconocí—. Y ahora hazme caso: Si quieres ver las cosas con un poco más de optimismo, date un buen baño y cámbiate de ropa. He visto que las conducciones de agua están intactas. Yo iré entretanto al pueblo a ver si consigo algo de comida.

Lo dije con un tono de voz que la convenció. Sigrid sonrió y me estrechó la mano.

—Aún tienes casi juntos los dedos índice y corazón le dijo. —Te cuesta separarlos, ¿verdad?

—Sí. Carezco del juego normal en las otras personas.

—Eso debe serte muy molesto para fumar. Tendrás que llevar el cigarrillo muy sujeto y muy apretado como con una horquilla.

Retiré la mano lentamente.

—Si —dije—, pero no hablemos de tonterías. Anda, date el baño. Te sentará bien...

CAPÍTULO VII

El comisario Morley cargó con tranquilidad su pipa, mientras miraba por la ventana, y luego la encendió cuidadosamente.

Empleaba tabaco holandés en lugar del traído de Irlanda, que es el usual en Inglaterra, porque el tabaco holandés le parecía más aromático, suave y fácil de encender.

Luego volvió a contemplar a través de los cristales el plumizo cielo de Brighton, que no presagiaba nada bueno para la nueva temporada. Los hoteles estaban sin clientes aún, y se decía que la noche anterior se había hundido un barco a cien yardas de la playa, a causa del oleaje.

El sargento Skin entró en el despacho.

—Bueno días, comisario.

—Hola, buenos días. ¿Alguna novedad?

En la ciudad no, fuera de aquel raro caso de la muchacha que estuvo a punto de ser atropellada.

—¿Han dado con la pista de los agresores?

—No, comisario. Debieron cambiar de coche para llegar a Londres, o tal vez se dieron mucha prisa y no pudimos cazarles.

—En fin, tal vez fue de verdad un accidente. Terminaremos cazándolos, de todos modos. ¿Y fuera? ¿Ha habido algo?

—Sí, comisario. La misma chica.

—¿Cómo?

—Sabe que se fue a Sunset Manor, ¿no es cierto? Pues bien, su cuerpo ha aparecido en una de las bañeras de la casa.

El comisario tuvo que sujetarse la pipa para que ésta no resbalara de entre sus dientes.

—¿Muerta?

—Ha sido un milagro que no lo estuviese. Prácticamente había

dejado de existir, y sus pulmones estaban cargados de agua. Por suerte para ella está en la población Kirpatrick, quien ganó este año, como sabe, el campeonato nacional de socorrismo.

Kirpatrick le ha practicado la respiración artificial y puede que se salve, pero de cien casos en las mismas condiciones hubiesen muerto noventa y nueve, se lo aseguro.

El comisario abrió mucho la boca, y cuando volvió a introducir la pipa en ella ésta ya se había apagado. Lanzó una maldición.

—Siéntese, sargento, y hágame un resumen de lo sucedido. Debí darme el parte antes.

—Acaba usted de llegar, señor.

Otra vez el comisario lanzó una maldición, ahora en voz baja, mientras se sentaba tras la mesa.

—Está bien. Hable. ¿Quién vive en Sunset Manor?

—El hombre a quien usted ya conoce, junto con la chica. Estuvieron los dos aquí después del accidente. ¿No lo recuerda?

—Sí, claro, así es. Lo recuerdo perfectamente. ¿Y dónde estaba el hombre? ¿Habrá dicho que no sabe nada?

—En efecto. Estaba sin conocimiento.

—¿Por qué?

—Le habían atizado un golpe muy fuerte. Un golpe en la cabeza capaz de desnucar a un buey. Estaba sin conocimiento desde bastante rato antes.

—¿Pudo darse el golpe él mismo?

—No, no es posible.

—¿Y hacer que se lo dieran para tener una coartada en la muerte de la chica?

—Eso ya es muy posible. En realidad creo que es el sistema que emplearía un criminal en sus circunstancias para cubrirse. Le bastó hacerse propinar un golpe por su cómplice para estar así a cubierto de sospechas. Bueno, al menos eso es lo que habrá pensado él, por supuesto.

El comisario encendió de nuevo su pipa.

—¿Tiene antecedentes el fulano?

—Sí. Manipulaciones ilegales en cadáveres.

—¿Quéee?...

—Ese tipo tenía una tienda de compraventa. Uno de esos establecimientos en que todo se acepta y todo se vende. Pero no

debía ser un usurero, porque las cosas le iban mal. He visto los informes y dicen que lo liquidaba todo a cualquier precio, y que hacía préstamos que luego no se cuidaba de cobrar. Hasta que un día adquirió un cadáver.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene, según como se mire. No sé si recordará que la policía, en Londres, dio muerte accidentalmente a un famoso ladrón de joyas llamado Kinney. Lo que ocurrió en realidad fue que en una pelea con un agente de Scotland Yard, al borde de un tejado, Kinney recibió un impacto y cayó a tierra, desde una altura de dos pisos. Aún pudo correr varias manzanas por su propio pie y fue a morir en un escondrijo cercano a Picpus Road. Un vagabundo que era cliente habitual de Jimmy, el fulano que vive con la chica en Sunset Manor, cargó el cadáver y se lo fue a vender por dos libras.

—Pero esto es inconcebible..., ¿para qué quería Logan un muerto?

—No se trataba de un muerto cualquiera, sino del cadáver de Kinney, piénselo bien. Kinney no llevaba ninguna joya encima y, sin embargo, acababa de robar un valioso brillante cuando la policía dio con él. Eso significaba que se lo había tragado. Logan, que no era tonto, pensó que podía hacerse con el brillante mediante una especie de autopsia y devolver luego el fiambre diciendo que lo había encontrado. Como el pedrusco estaba valorado en cinco mil libras, el negocio podía resultar redondo para Logan. Lo malo fue que lo pescaron con las manos en la masa, cuando ya tenía el brillante. Los jueces no supieron exactamente por qué delito juzgarle y le condenaron a cárcel por hurto. Ha salido hace poco.

El comisario dio una larga chupada a la pipa mientras entrecerraba los ojos.

—Un tipo curioso... —musitó—. ¿Y qué hace en Sunset Manor?

—La residencia perteneció a un abuelo suyo que era también tío abuelo de la chica. Por cierto, la chica se llama Sigrid. En cierto modo tienen derecho a estar allí, aunque todavía la casa no se les ha atribuido en herencia. Ni a ellos ni a nadie.

—¿Son herederos los dos?

—Sí. Junto con una mujer que se llama Ketty y está recluida en Londres, acusada de asesinato.

—Vaya grupo...

—Todo esto lo he sabido por unos informes comerciales que llegaron también a nuestros archivos.

—¿Qué buscan en la casa?

—Eso no lo sé.

El comisario dejó que se apagara su pipa, mientras miraba fijamente ante sí, hacia la puerta del despacho.

—Dígame cómo han descubierto lo de la chica —pidió roncamente.

—Pura casualidad. Dos de nuestros hombres hacían una ronda en bicicleta por los alrededores cuando creyeron advertir señales de vida en una casa que llevaba desierta largos años. A pesar de que las ventanas estaban cerradas se atrevieron a forzar una de ellas y encontraron a la muchacha desnuda en una de las bañeras. De no llegar los de la ronda en aquel momento, es seguro que no habrían podido salvarla.

—¿Cómo sabemos que no fue un accidente?

—No lo fue.

—Lo dice con mucha seguridad...

—La muchacha tiene huellas de haber recibido en la frente un golpe con un objeto de punta roma.

—¿Ha podido prestar declaración?

—Muy difícilmente. Pero hay algo en concreto, y es que dice que no vio al que la agredía.

El comisario vació de ceniza su pipa y volvió a encenderla con un gesto de preocupación.

Miró en silencio al sargento, que sin duda esperaba sus órdenes.

—¿Vamos a detener a Logan? —preguntó éste al fin.

—No.

—¿No? Pero si es el único sospechoso...

—No ganaríamos nada con detenerle ahora. Es seguro que las pruebas contra él no bastarían, y cualquier abogado hábil lo sacaría incluso antes de la reunión del pequeño jurado. A un tipo así hay que darle cuerda para que se ahorque él mismo.

—¿Ni siquiera le vamos a interrogar?

—Ni siquiera eso.

—Pero hay indicios de delito... —objetó el sargento—. Indicios muy claros si me permite decirlo, señor. No podemos dejar pasar esto sin hacer al menos un atestado.

—Fingiremos ser tontos y no dar importancia a la cosa. Es mejor así. Estoy seguro de que dentro de dos días, o tal vez menos, antes desde luego de que nuestros jefes nos llamen la atención, tendremos en este asunto novedades importantes. Yo asumo la responsabilidad de todo lo que suceda, naturalmente.

El sargento calló por dos motivos: Porque estaba hablando con su superior y porque hasta entonces el comisario había demostrado tener razón en todo. Se hablaba de él para un alto cargo en Scotland Yard. Era de esos tipos que saben esperar, que no se precipitan nunca y aguardan sin nerviosismo el momento en que el asesino ha de caer en la trampa.

Susurró:

—La herencia de *sir* Archibald Logan es bastante importante, al parecer. Se tenía la sensación, al principio, que no era muy cuantiosa, pero ahora se sabe que contienen unas cuantas patentes industriales de precio fabuloso. En realidad, varios de los procedimientos industriales que hoy se emplean para el uso pacífico de la energía atómica fueron patentados en su día por Archibald.

—Eso significa —dijo el comisario— que los derechos a cobrar por sus herederos podrían ser fabulosos.

—En efecto, señor.

—¿Sabe que está usted enterado de muchas cosas, sargento?

El aludido sonrió modestamente.

—Gracias, señor.

No le dijo que sabía todo aquello porque se había preocupado de hacer averiguaciones en cuanto Sigríd fue víctima del primer atentado. No le dijo que esperaba prosperar, que tenía la ilusión de ser pronto trasladado a Londres, dejando la población veraniega donde no había más que robos de joyas, gatos perdidos y denuncias por infidelidad matrimonial. No le dijo que estaba de Brighton hasta la santa coronilla.

—Gracias, señor —repitió, disponiéndose a salir.

—Un momento —dijo el comisario.

—¿Diga, señor?

—¿Puede hacer llamar a Johnson a Londres? Ya sabe a quien me refiero. Johnson, que hace ya un año estuvo en Brighton prestando servicios auxiliares a la policía.

—Lo sé, señor. Pero no hará falta llamarle a Londres.

Casualmente Johnson está aquí. Ha venido a visitarme esta mañana y a decirme que pasaría una semana de descanso haciendo pesca de bajura.

El comisario mordisqueó su pipa.

—Pues siento fastidiarle las vacaciones. Le necesito para que investigue en Sunset Manor. Es el tipo más hábil para vigilancias que existe en Inglaterra. Yo incluso juraría que tiene el don de convertirse en una sombra.

El sargento asintió respetuosamente.

—Lo haré venir, señor. ¿Va usted a darle instrucciones?

—Sí.

—¿Qué haremos con la muchacha en cuanto esté fuera de peligro?

—Que quede en libertad. Prométale que haremos averiguaciones, pero no suelte prenda ni le dé ningún dato.

—En absoluto, señor.

CAPÍTULO VIII

Cuando se llevaron a Sigrid, con sus hermosas facciones espantosamente lívidas, con sus bonitas piernas chorreando agua, con sus labios ya cárdenos y con un rictus de agonía, yo me dije que no podía seguir en Sunset Manor un minuto más.

Tras comprobar que el golpe recibido en la cabeza no me molestaba demasiado, cerré bien puertas y ventanas y aquella misma noche tomé uno de los trenes que cada dos horas salen para Londres.

A la mañana siguiente solicité una entrevista con Ketty en la prisión de Broadmoor, diciendo que era un asunto de vida o muerte. Cosa extraña, se tragaron el cuento y me la concedieron.

No estaba la misma celadora de antes, por fortuna. La de ahora era jovencita y lo tenía todo en su sitio. El feo uniforme no disimulaba por completo la línea rotunda de las caderas, la pujanza del seno y la curva armoniosa de las piernas. Al verla, yo pensé una montaña de cosas, y lo único que se me ocurrió decir fue:

—Hola, nena.

Resultó que le supo peor que si la hubiese llamado bruja.

—Como vuelva a dirigirme una mirada lo denuncio a las autoridades —me advirtió—. Tiene usted unos ojos de los que atraviesan la tela de los uniformes. Y le prometo que.

—Esta vez no he podido atravesar la tela, nena. ¿Qué lleva debajo del uniforme?

Ketty cortó una situación que se me podía haber puesto muy mal.

—Jimmy, por Dios...

Tenía razón.

Me senté al otro lado del locutorio.

—La cosa va mal, Ketty.

—¿Por qué? ¿No has logrado penetrar en Sunset Manor?

—Por supuesto que sí. Tú sabes que no se me resiste ninguna cerradura, pero... —¿Pero qué?

—El abuelo estaba allí.

La vi palidecer. Sus labios se crisparon formando una extraña mueca.

—El abuelo fue asesinado hace años —dijo roncamente—. Menos bromas, Jim. Yo vi su cadáver.

—Eso es precisamente lo que estaba allí, detrás de la primera puerta roja. Su cadáver embalsamado.

—¿Quién cuidó de embalsamarlo?

—No lo sé. Por lo visto lo debía tener dispuesto así. De todos modos el que estuviera en la casa es ilegal e incomprensible. Debieron haberlo enterrado hace tiempo. Ketty se pasó una mano por los ojos, y luego la retiró para mirarme fijamente. —¿Tienes miedo, Jim?

—¿Miedo yo? ¿No sabes que fui a la cárcel por haber comprado un cadáver? ¿Piensas que me asusta eso?

—Es lo que esperaba de ti. Que no te asustara.

—Eso no es todo.

—¡Ah! ¿Aún hay más?

—A la mañana siguiente el cadáver había desaparecido.

—¡Jimmy! ¡Eso es absurdo!

—Absurdo o no, es algo que he visto con mis propios ojos.

—Alguien tuvo que llevárselo.

—Por supuesto, pero..., ¿quién?

—Eso debes averiguarlo tú, Jim. No te des por vencido. Se juega mi cabeza, ¿comprendes? ¡Mi cabeza! ¿Has registrado ya todo Sunset Manor?

—No he pasado de la primera puerta roja.

—Entonces...

—Es que también han intentado matar a Sigrid.

—¿Sigrid está allí?

—La encontré en Brighton casualmente. Me ha acompañado porque alguien la perseguía. Bueno, ésa es otra historia y ahora no hace al caso. Lo cierto es que Sigrid está conmigo y que han intentado ahogarla cuando tomaba un baño. A mí me dejaron

inutilizado con un golpe en la cabeza.

Ketty apretó desesperadamente las manos sobre la mesa.

—Todo esto es incomprensible, Jim. ¿Quién puede tener interés...?

—Cualquiera de nosotros puede desear la muerte de los demás, ¿no?

—De acuerdo —concedió— aunque dudo mucho que ninguno de los tres tenga madera de asesino. Pero date cuenta de que es absurdo lo que supones por ese lado. Éramos cuatro interesados en ese asunto, y uno, es decir, que fue mi marido, está muerto. Quedamos tres. A Sigrid intentaron matarla y a ti te golpearon para que no pudieses ayudarla. ¿Quién lo hizo? ¿Yo? ¿Yo que no he salido de entre estas malditas rejas?

—Tú no pudiste —susurré—. Tú no pudiste hacerlo personalmente, quiero decir. Pero pudiste mandar a alguien.

Palideció. Vi su hermoso rostro contraerse a causa la furia que sentía. El contenerse en aquellos momentos debió costarle tanto que hasta pareció ahogarse a fuerza de sostener la respiración. Luego musitó con voz silbante:

—He venido a decirte lo que pudo ser, ni afirmo ni niego. Sólo hablo de una posibilidad.

Sus facciones aún estaban contraídas.

—También pudiste ser tú, Jim.

—¿Por qué?

—Lo del golpe pudo ser un cuento. Es el truco gastado que hemos visto docenas de veces.

—Cualquier experto diría que yo no pude dármelo —opuse.

—Entonces un cómplice.

Nos miramos como enemigos. De pronto pareció como si jamás nos hubiéramos conocido, como si no hubiese existido nada entre los dos. Pero no quise olvidar que yo la había besado, que hubo un tiempo en que fue para mí la mujer más bonita del mundo.

—De todos modos confío en ti, Ketty —musité.

—¿Vas a volver?

—Sí, Ketty.

—¿Le ha pasado a Sigrid... algo muy grave?

—Creo que no, aunque está hospitalizada en Brighton. De un modo u otro no me han dejado verla.

Le sonreí y me puse en pie.

—Voy a volver, Ketty —musité—, a pesar de todo.

Mirando a la celadora dije:

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por haberse estado quietecita para que yo adivinara lo que hay debajo del uniforme.

Tuve que salir de allí a cien por hora.

CAPÍTULO IX

Cuando regresé a Sunset Manor, era de noche.

Había densos nubarrones flotando en el cielo y esta vez no llegaba hasta la casa la luz de la luna. De un modo confuso se oía el bramido del mar a lo lejos.

Me extrañó ver luz en una de las ventanas de la casa, y por un momento pensé si Sigrid habría sido lo bastante loca para volver. ¿O tal vez estaba allí la policía aguardándome?

No, no era la policía.

Conocí en seguida al tipo alto, delgado, de facciones finas y afiladas, que estaba en el vestíbulo, sentado ante una mesa donde descansaba un viejo quinqué de petróleo.

—Hola, Johnson —musité.

—Hola, Jim.

Cerré la puerta con la naturalidad del que acaba de llegar a su verdadero hogar, y avancé hacia la mesa.

—¿Qué haces aquí, Johnson?

—He venido a verte. ¿Te extraña?

—Sí.

Él sonrió y sacó de uno de sus bolsillos una botella chata de *whisky*, de la que se atizó un buen trago.

—Hacía muchos años que no entraba en Sunset Manor —dijo calmosamente—. Desde antes de la muerte de vuestro abuelo, demonios. Había llegado a olvidar todo esto.

—Razón de más para extrañarme que estés aquí.

—Y tú, ¿a qué has venido?

Decidí no mentir.

—Yo quiero encontrar el testamento del abuelo. Tengo derecho, ¿no? Soy uno de sus legítimos herederos.

—Y yo no lo soy —dijo Johnson calmadamente—. Yo sólo era un amigo de la familia que venía aquí a pasar unas breves temporadas y se ocupaba de la biblioteca. Pero también he sentido curiosidad por ver esto al cabo de los años. ¿Te importa?

—¿Por qué?

Ante el gesto de extrañeza de Johnson, me senté frente a la mesa, en un viejo diván que parecía haber acumulado el polvo de varias generaciones. Encendí un cigarrillo y musité:

—Tú eres un confidente de la policía, Johnson.

—¿Yo?...

—¿Por qué no descubres tu juego de una vez? Te han enviado a espiarme. Quieren saber lo que hago. Piensan darme cuerda poco a poco para que yo mismo me ahorque.

—Si tuviera que vigilarte no me habría presentado así, tan a la vista de todo el mundo —sonrió Johnson.

—Tú tienes fama de ser una sombra y de pasar sin ser visto hasta por las bocas de las alcantarillas pero esta vez has comprendido que estabas en desventaja. Sabes que conozco Sunset Manor mucho mejor que tú. Si te escondías para vigilarme, habría dado contigo tarde o temprano, en cuanto tuviera la sensación de que alguien seguía mis pasos. Por eso has decidido presentarte claramente. Así me tienes vigilado y en paz, ¿no?

Johnson se atizó otro trago de *whisky*.

—Estás equivocado, pero aunque lo que dices fuera cierto las cosas no cambiarían por eso. Voy a quedarme.

Me encogí de hombros.

—Y yo no voy a impedírtelo. Haz lo que quieras. Nunca hemos sido amigos porque tú eres diez años más viejo que yo, y en la época en que nos tratamos eso tenía mucha importancia. Tú eras ya un bachiller instruido cuando yo aún perseguía las lagartijas por el jardín. Pero quédate, diablo, quédate. Después de todo no me vendrá mal tener una persona con quien hablar, ahora que se ha marchado Sigrid.

—¿Es que ella estaba también aquí?

Le expliqué brevemente lo sucedido. Al final de mi relato, él tenía las cejas alzadas en una muda interrogación.

—¿Está grave?

—No lo sé, no me han dejado verla. Tú también crees que fui yo

quien intentó matarla, ¿verdad?

—Yo no opino nada.

—¿Y la policía? ¿Qué piensa la policía?

—¿Cómo he de decirte que no trabajo para ellos?

Me encogí de hombros nuevamente.

—En fin, no arreglaremos nada hablando ahora. Puedes quedarte si te parece. Yo he cenado en la ciudad, de modo que voy a acostarme. ¿Y tú?

—Yo haré lo mismo:

Fui al dormitorio donde había descansado Sigrid un par de noches antes, y le dejé el incómodo diván a Johnson. Como el tío era tan largo, tuvo que meter las patas Por entre los soportes de una mesa.

No tardé ni diez minutos en quedar dormido.

Debían de ser las dos de la madrugada cuando algo me despertó.

Mejor dicho, dos cosas.

Lo primero fue el ruido de la mecedora —un ruido que parecía llegar desde más allá del tiempo— sonando a intervalos en el piso alto de la casa.

Lo segundo fue una mano que me rozaba suavemente a través de la oscuridad.

Desperté bruscamente, incorporándome de un salto mientras pensaba que había sido un estúpido al no traer ningún arma.

Pero en esta ocasión no me hacía falta.

Sigrid estaba junto a mí, con una rodilla apoyada en el lecho. Ahora penetraba la luz lunar a través de la ventana y yo vi brillar a poca distancia de mis ojos el tenue nylon de sus medias.

Por lo visto había podido adquirir ropas nuevas antes de volver. O se las había prestado alguien, no lo sé. Pero eran de buen gusto, eso lo juro.

—¿Cómo estás aquí? —susurré, cuando hubo pasado mi primera reacción de asombro.

—Ya he salido del hospital. No había ningún peligro y me han dicho que podía marchar cuando quisiera.

—¿A esta hora...?

—He salido precisamente de noche para tener la seguridad de que no me esperaban los de la banda Oswald.

Comprendía muy confusamente, mientras se iban disipando de

mi cerebro las brumas del sueño. Sigrid estaba allí, pero... ¿con qué objeto? ¿Quizá la había enviado la policía para que yo adquiriese una falsa confianza y hacerme así caer en una trampa?

Musitó:

—Creías que no iba a volver, ¿eh? Ésta es mi cama.

—Claro que creía que no ibas a volver. Era lo lógico ¿no? Además, ¿no has visto a Johnson?

—¿Johnson? Claro que no...

—Estaba sobre el diván, en la habitación contigua.

—Eso dirás tú, pero yo no le he visto.

Tuve como una crispación en la garganta. Arriba, el leve chirriar de la mecedora volvía a oírse.

—Sal un momento de la habitación, Sigrid. Voy vestirme.

—¿Pero qué te pasa?

—¿No oyes ese sonido? ¡Es la mecedora del abuelo! ¡Otra vez se está moviendo arriba!

Fue entonces cuando Sigrid la oyó. No tenía un oído fino como el mío, pero la vi palidecer intensamente.

—No tardes —suplicó—. Ahora sí que sería incapaz de estar sola un minuto más.

Salí de la habitación, y yo me calcé los zapatos, poniéndome a continuación los pantalones y una camisa. Luego salí, llevando en la derecha el quinqué de petróleo que había tenido la precaución de depositar sobre mi mesilla.

—¿Vamos a ir... arriba? —musitó Sigrid.

—Naturalmente que sí. Es allí donde se escucha el ruido de la mecedora.

—Jim, yo no quisiera que...

—Quédate aquí si te parece.

No pudo. La vi temblar. Llevaba un vestido rojo que la hacía enloquecedoramente bonita, y cuanto más temblaba más bonita era. Subimos poco a poco los escalones de piedra, mientras la luz del quinqué alargaba monstruosamente nuestras sombras.

Vimos la primera puerta roja.

Sigrid temblaba junto a mi cuerpo.

La empujé, notando que estaba abierta, tal y como yo la había dejado. La luz de la ventana me permitió ver que la mecedora no estaba allí. La habitación se hallaba vacía, y sólo vimos frente a

nuestros ojos la segunda puerta roja.

Alguien estaba junto a ella.

Johnson.

Johnson, agazapado, parecía escuchar. Se oía más allá de la puerta el sonido de la mecedora.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

Él miró a Sigrid, no a mí. Sus ojos brillaron un levísimo instante ante la belleza de la muchacha.

—Se escucha algo detrás de esa puerta —susurró—. Por eso he subido. Supongo que vosotros habéis oído lo mismo.

—Sí —dije—. El sonido de una mecedora. El cadáver embalsamado del abuelo estaba en una de ellas hace días. Déjame.

Noté que sus labios temblaban un momento, pero de su garganta no brotó una sola palabra.

Me puse a trabajar. Como la otra puerta, ésta no resistió tampoco demasiado. La cerradura era vieja. Cinco minutos después, pude abrir la segunda puerta roja.

Y detrás estaba la mecedora. La mecedora y algo más.

Los tres lanzamos un grito de asombro.

CAPÍTULO X

Bueno, de asombro y de admiración al mismo tiempo, al menos por parte de Johnson.

Porque cuando uno espera encontrar un cadáver embalsamado y tropieza con unas piernas de campeonato, la cosa no es para menos.

La chica estaba en la mecedora que ya conocíamos, sentada negligentemente, con una pierna cabalgando sobre la otra y la falda bastante por encima de sus rodillas suaves y torneadas. Llevaba un vestido azul, abrigo claro de entretiempo, zapatos negros de alto tacón, medias oscuras y un bolso colgando de uno de sus brazos. Fumaba un cigarrillo emboquillado, mirándonos sin asombrarse mientras enviaba al cielo una lenta columnita de humo.

Johnson masculló:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

La chica contestó:

—Les estaba esperando.

Sigrid y Johnson la contemplaban con asombró, con estupor, y por parte de Johnson también con mucho de admiración. Yo, en cambio, no miraba sus hermosas piernas, que no me importaban, sino sus manos. Sus dos manos moviéndose acompasadamente, con lentitud, mientras la derecha sostenía el cigarrillo que ya no se llevaba a los labios.

—¿Esperándonos? —preguntó Johnson.

Pero no llegó a preguntar nada más.

Porque en aquel momento pareció como si las puertas del infierno se abriesen para nosotros.

Todo empezó con aquella ráfaga de metrallera que hizo temblar las paredes y las picoteó como si hubiese pasado por ellas una bandada de insectos.

No sé cómo tuve serenidad para reaccionar apenas escuché el primer silbido de la primera bala. Si otra vez pasase lo mismo, juro que no sabría hacerlo. Ciertamente es que me lancé de costado sobre Sigrid, y los dos caímos encima de la mecedora, derribando a la mujer que estaba sentada en ella. Los tres rodamos en confuso montón, mientras Johnson lanzaba un grito.

De todos modos ninguna bala le había alcanzado a él.

Como la ráfaga iba dirigida contra Sigrid, y yo había logrado apartarla en la última décima de segundo, todos los plomos se clavaron inútilmente en la pared. Pero yo supe, y lo supimos todos, que inmediatamente llegaría la segunda ráfaga.

Aullé:

—¡Todos al pie de la ventana! ¡Pronto!

Había adivinado ya que sólo podían disparar desde un sitio, un copudo árbol cuyas ramas llegaban hasta las ventanas del primer piso, donde nos encontrábamos ahora. Como el tirador había tenido que disparar a través de la ventana y de la puerta, pues después de la segunda puerta roja ya no había ningún hueco al exterior, eso explicaba también su fallo en la primera ráfaga. Pero ahora afinaría el pulso.

Sigrid se pegó al alféizar de la ventana de la primera habitación, procurando que su cabeza no sobresaliera ni una pulgada. Así era imposible que la alcanzasen. Los demás hicimos lo mismo. El último en obedecer fue Johnson, y la segunda ráfaga se le llevó una de las hombreras del traje, no segándole la cabeza por una casualidad.

Sigrid musitó:

—Son los del grupo de Oswald...

—Lo suponía, muchacha.

—Vienen a por mí. Si vosotros no os alejáis, vais a correr la misma suerte que yo. No seáis imbéciles y procurad desligaros de esto.

Era una mujercita valerosa, la muy condenada. Y bonita, diablos. Viéndola en aquella postura, agazapada al lado de la ventana, yo me olvidé incluso de que una metralleta nos segaría la cabeza si nos movíamos un poco.

—Son más peligrosos de lo que imaginas —musitó Sigrid—. Se darán cuenta de que estamos aquí.

—¿Y qué?

—Puede que lleven incluso una bomba de mano.

¡Diablos! La idea penetró en mi mente con la fuerza un cuchillo.
¡Claro que sí!

A unos fulanos que llevan metralleta no les importa llevar también una bomba. Si la lanzaban a través de la ventana, el pedazo más grande que quedaría de nosotros cabría en un vaso de *whisky*.

Pregunté febrilmente a Johnson:

—¿Llevas algún petardo?

—¿Un qué...?

—¡Un petardo! ¡Claro que lo llevas, cochino confidente! ¡No disimules más y dámelo de una maldita vez!

Johnson me entregó, con mano no muy firme, una pistola «Colt» de ocho tiros, tan limpia que a uno no le hubiera importado comérsela entre dos rebanadas de pan.

—No os mováis de aquí por el momento —susurré—. Yo voy a intentar hacer algo desde otra ventana.

Sigrid me sujetó por una manga.

—Jim.

—No perdamos ahora el tiempo, muñeca.

Me deslicé suavemente hacia la habitación contigua, fuera de la primera puerta roja. Allí había una ventana y me moví con rapidez jugándomelo todo a una carta.

Si el tipo de la metralleta había adivinado la maniobra, me volaría la cabeza en cuanto me viese aparecer.

Pero no la había adivinado. Le vi en la rama alta de árbol, con su cacharro preparado, alerta para pescar al primero que se moviese. Me distinguió en el último momento y movió la metralleta hacia mí.

No le dejé tiempo para apretar el gatillo.

Antes lo apreté yo, y supe que la bala se le clavaba rectamente en la cabeza. Lanzó un alarido y cayó de las ramas, mientras en un último espasmo hacía funcionar el disparador. La ráfaga voló inútilmente hacia los aires, segando hojas del árbol.

Pero el tipo no estaba solo.

Desde abajo alguien disparó también, y la bala se me llevó parte de la piel de una mejilla. Lancé un gruñido y caí hacia atrás, pensando que me habían dado plomo para toda la eternidad.

Eso fue lo que me salvó, porque el segundo proyectil salió alto.

Desde la otra habitación oí la voz de Sigrid:

—¡Cuidado! ¡Es ése el que lleva la bomba!

Si la lanzaba contra mi ventana estaba listo, de modo que no podía elegir. Todavía con una horrible sensación de vértigo a causa del balazo, me lancé en tromba por la ventana, rompiendo los cristales con mi cuerpo, mientras abajo algo se movía.

Me crucé con la bomba que iba hacia la ventana como cuando en una casa de dos ascensores uno sube y otro baja.

Pude tocarla, pero, desde luego, no lo hice.

Dejé que estallara en la habitación donde yo había estado antes, produciendo un ruido estremecedor, mientras el tipo que estaba en el jardín lanzaba una imprecación.

Choqué contra el suelo, flexionando las piernas mientras el fulano corría hacia su compañero muerto en busca de la metralleta.

Tenía ventaja sobre mí, porque yo estaba baldado a consecuencia del golpe y él, en cambio, se conservaba fresco.

Quizá por eso giró con más rapidez. Quizá por eso pudo encañonarme antes de que yo levantara la pistola.

Me arrojé al suelo frenéticamente, mientras la ráfaga pasaba aullando a dos dedos por encima de mi cabeza.

Levanté mi arma y apreté el gatillo, pero sabiendo que iba a fallar porque había tenido que hacerlo sin apuntar siquiera.

Fallé.

El tipo que estaba frente a mí lanzó una seca carcajada y me apuntó a placer.

Jamás el muy buitre había tenido un blanco tan fácil. Si en aquel momento no sintió asco ante una matanza tan sencilla, ya no lo sentiría nunca.

Apreté los dientes, disponiéndome a saltar sobre él para, al menos, no morir cómo un corderillo.

Aquél debía ser el último forajido que quedaba de la banda de Oswald. ¡E iba a liquidarme a mí!

Pero en aquel momento sucedió algo.

No pude verlo bien porque mis ojos estaban ya como nublados por la imagen de la muerte. Pero fue algo suave y vaporoso que se desplomó desde arriba, desde la ventana bajo cuyo alféizar se habían protegido los otros. Tardé unos segundos en darme cuenta

de que la mujer que se había lanzado era la misma que minutos antes encontramos sentada en la mecedora, luciendo las piernas, tras la segunda puerta roja.

Lo que sucedió a continuación fue tan extraño y tan rápido que apenas pude verlo.

El tipo de la metralleta cayó bajo el impacto del cuerpo de la mujer, sin llegar a apretar el gatillo. La mujer movió la mano una sola vez, y el tipo, en el suelo, pateó dos segundos para quedar luego espantosamente quieto.

Me puse en pie, tambaleándome, mientras sentía que todo daba vueltas en torno mío.

Vi que la mujer se levantaba ágilmente, ajustándose la falda, pero el fulano de la metralleta no se movió.

Al acercarme a él comprendí por qué.

Estaba muerto.

Muerto de un solo golpe en el cuello.

CAPÍTULO XI

—No lo entiendo —susurré—. ¿Cómo diablos has podido hacerlo?

Ella me miró con ojos entrecerrados, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa que debía ser encantadora pero que a mí no me lo pareció.

—¿De veras quieres saberlo, cariño?

—Pues... ese tipo está muerto, ¿no? Y yo siempre he sentido una gran curiosidad por saber cómo se mata a la gente.

—Mira, lo he hecho... así.

Me atizó a mí también, aunque sin tanta fuerza. Desde luego, si llega a poner el mismo entusiasmo que cuando dejó patitieso al pistolero, me quedo también en el sitio. Aun así, noté que las rodillas me flaqueaban y tuve que hacer un violento esfuerzo para no caer redondo a tierra.

—¿Le has dado con dos dedos, Gloria? —pregunté.

—Sí, cariño.

En aquel momento bajaban los otros dos, o sea Sigrid y Johnson. Estaban tan pálidos como si el golpe se lo hubiera atizado a ellos. Y quedaron atónitos, petrificados, al ver al muerto.

—¿Quién ha sido? —musitó Sigrid.

Yo hice un gesto presentando a la mujer, a la que ninguno de los dos conocía aún.

—Ha sido esta señorita, a cuya familia tengo el honor de conocer. Os presento a mi hermana Gloria.

Los dos se quedaron sin habla.

—No sabía que tuvieras una hermana —musitó Sigrid, que fue la primera en recuperarse—. Hemos vivido muchos años juntos y nunca me hablaste de una cosa así. No sé si creerte.

—Gloria es hija de distinto padre, porque mamá se casó dos veces —expliqué—. De la primera boda, que motivó el nacimiento de Gloria, el abuelo jamás quiso oír hablar, y por eso la niña fue olvidada injustamente. Nunca le dejaron poner los pies aquí. Mamá suplicó muchas veces que se la tratase igual que a mí, y creo que lo hubiera conseguido si no llega a morir tan pronto. Pero cuando mamá murió, el abuelo ya no tuvo quien insistiese, y siguió terco en su manía de no querer ver por aquí a Gloria. Yo era demasiado niño para darme cuenta de la situación y no hice caso de aquello. Jamás en esos años, se me ocurrió pensar en una hermana que era tratada injustamente. Luego fue cuando me di cuenta de que el abuelo, con su terquedad, había cometido algo monstruoso.

Creo que hubiera podido continuar dando explicaciones durante largo rato, porque la extraña presencia de Gloria allí se prestaba a ello. Pero Johnson, con trémula, voz nos pidió:

—¿Es que vamos a seguir hablando aquí, delante de esos muertos? ¿Por qué no llamamos a la policía?

—Habrás que pensar bien lo que hacemos —dije—, pero por el momento tienes razón. No se puede estar hablando aquí de cosas familiares, porque a lo mejor esos fiambres lo escucharían todo.

—Parece mentira que aún tengas ganas de broma —murmuró Sigrid—. No le veo la gracia por ninguna parte.

—Es que no la tiene. Lo hago para que no os deis cuenta de lo asustado que estoy.

—Basta de bromas. Entremos —dijo Johnson—. Y en cuanto a ese estruendo fenomenal, ¿no lo habrá oído nadie? Han sido varias ráfagas de metralleta y la explosión de una bomba de mano. Yo creo que hemos puesto en conmoción a la mitad de las Islas Británicas.

—Es posible que algún policía de los que hacen ronda se acerque por aquí —dije—, pero eso nos ahorrará el trabajo de llamarlo. Tiene razón Johnson. Vamos dentro.

Penetramos de nuevo en la casa, iluminando el inmenso vestíbulo con todos los quinqués que pudimos encontrar. Estoy seguro de que lo que más lamentaban todos en aquel momento era no tener a mano una buena botella.

—Bien —dijo Sigrid, a la que no parecía gustarle demasiado la presencia de otra mujer allí—. ¿Por qué no eres amable y nos

explicas qué fue de Gloria en esos años? ¿O valdrá la pena que nos lo explique ella?

Gloria musitó:

—Más vale que hable Jim. ¡Tiene una voz tan bonita!

Le dirigí una mirada de soslayo que no me salió nada bien y dije:

—Gloria vivió siempre en colegios severos e institutos de ésos donde se aprietan las tuercas a las chicas, allí fue donde yo la conocí, en uno de los viajes que hice a Manchester. Estaba arrepentido por no haber influido nunca en su favor, y tenía interés en conocerla por si podía hacer algo por ella.

Sigrid dijo venenosamente:

—Lástima que fuera tu hermanastra, ¿no? Es muy bonita.

—Yo sólo me fijo en las mujeres una vez al año —mentí.

—Bueno —cortó Johnson, impaciente—. Ella ha liquidado a un hombre de un solo golpe. Hace falta ser un especialista de alivio para hacer una cosa así. ¿También eso se lo enseñaron en el colegio?

—No —susurré—; cuando Gloria salió de los internados era una palomita. Pero luego ingresó en...

—En el Cuerpo Femenino Auxiliar de los Comandos de Su Majestad —continuó ella en mi lugar, muy seriamente.

—¿Y allí os enseñaron eso?

—La Misión del Cuerpo Auxiliar no es el combate —dijo Gloria con suavidad—, pero enseñan métodos de defensa personal muy convincentes. Basta con exagerar un poco cualquiera de ellos para dejar fiambre a un admirador. Además, para esa clase de golpes yo tengo una considerable ventaja.

Alzó la mano derecha, especialmente los dedos corazón e índice.

Todos vieron lo mismo que había visto yo en aquel entonces, cuando conocí a Gloria en el internado Manchester. Los dedos índice y corazón de la mano derecha estaban algo torcidos, formando en su centro como el ojo de una cerradura. Desde luego no eran dos dedos bonitos, pero no era eso lo que llamaba la atención en ellos.

Lo que sobrecogía era la sensación de dureza que daban.

Parecían dos cables de acero prensados y retorcidos para obtener de ellos la máxima eficacia. Sólo con verlos uno ya tenía la

sensación de que aquellos dedos podían matar.

La impresión se acrecentó cuando Gloria dio con ellos lo que pareció un suave golpecito sobre el borde de una mesa.

Por poco se la carga.

El golpe fue brutal y, sin embargo, ella no pareció sentir en los dedos la menor impresión, como si ni siquiera se los hubiera rozado.

Todos guardamos un mortal silencio.

Lo peor fue cuando Sigrid lo rompió para decir:

—Haz tú lo mismo, Jim.

—¿Para qué necesitáis que lo haga?

—Es por simple curiosidad.

Levanté la mano derecha. Mis dedos índice y corazón eran exactamente iguales a los de Gloria. Diríase que estaban copiados unos de otros, pero mis dedos aún daban mayor sensación de dureza.

—Prueba —dijo Gloria.

Le aticé a la mesa y, desde luego, por poco la parto, pero también es cierto que por poco me quedo sin dedos. No pude disimular un gesto de violento dolor.

—Si tengo que probar eso otra vez... me quedo... en el sitio —masculé.

—Es que no estás acostumbrado —susurró Gloria—. Si practicaras un poco, tus manos serían un arma mucho más terrible que las mías.

Volvimos a un tiempo la cabeza, después de esas palabras, y vimos que Johnson se paseaba nerviosamente de un lado a otro del inmenso vestíbulo, con las manos a la espalda. Parecía sumido en una gran inquietud. Se volvió de repente, y sus ojos llameantes recorrieron la figura de Gloria.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó bruscamente—. ¿Por qué no nos explica a qué ha venido?

Gloria, en lugar de responder inmediatamente, se sentó con toda tranquilidad en uno de los sillones, cruzó las piernas otra vez y encendió un cigarrillo.

—Llevo varios días por los alrededores —informó.

—¿Por qué?

—Me interesaba saber en virtud de qué causas estaba mi

hermanito otra vez en esta casa.

—A usted no tenía por qué importarle —gruñó Johnson—. Usted jamás puso los pies en esta casa. ¿A qué viene tanto interés ahora?

—Imaginé que había de por medio una buena herencia. Estaba harta de los Servicios Auxiliares Femeninos y pensé que sería agradable ganar dinero sin necesidad de estar obedeciendo todo el día. El abuelo estaba forrado ¿no? Pues ése fue el olor que me atrajo hasta aquí: el olor de montañas crujientes de verdes billetes valiendo cada uno una libra esterlina.

—Pero si usted no puede haber sido mencionada en el testamento —balbució Sigrid—. Si usted no tiene aquí ni un penique a ganar... ¿No cree que se ha equivocado?

—De acuerdo, pero mi hermano sí que tiene que ser heredero —dijo Gloria tranquilamente, mientras exhalaba una bocanada de humo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Si a mi hermano le ocurre alguna cosa, su única heredera seré yo —contestó ella con la misma tranquilidad de antes.

Johnson fue el único que tuvo ganas de echarse a reír.

—Tiene gracia... Para que Jim pueda dejar una herencia a alguien, es necesario que él haya heredado antes, ¿no?

—Pues eso es lo lógico —dije, aunque la situación no me hacía maldita la gracia. Porque el que a uno le hablen en las narices de repartirse su piel pone los nervios de punta al más tranquilo.

—Yo he hablado también con Ketty —explicó Sigrid—, y ella me informó de todo lo que sabía acerca del testamento del abuelo.

Nuestros ojos, incluidos los de Gloria, se volvieron hacia la muchacha, que prosiguió:

—Por lo que sé de este asunto, el abuelo dispuso en su testamento que sería heredero aquel que viviese entre cuatro personas en una fecha determinada. Esas cuatro personas eran Red, el marido de Ketty, asesinado por ésta, según parece; la misma Ketty; Jim y yo.

—Continúa —dije por entre mis labios apretados—. No sabes bien lo divertido que es eso.

—Según me dijo Ketty —prosiguió Sigrid—, esa persona, la que sobreviviese, tenía que estar viva precisamente dentro de un par de días. Pasado mañana, para ser exactos.

—Muy bien. Eso es aproximadamente lo mismo que me dijo Ketty a mí, pero hay algo que no concuerda —expliqué—. En primer lugar, el abuelo tenía que prever que estuviéramos todos vivos en esa fecha. No podía desear de ningún modo que nos fuéramos eliminan mutuamente.

—Es que quizá no entendió Ketty bien —dijo Sigrid—. Quizá cuando leamos el testamento escrito a mano, nos encontraremos con que el abuelo quiso decir otra cosa.

—¿Qué es lo que querría decir, según tú? —preguté.

—Que sería heredero universal, con exclusión de los demás, aquel que en esa fecha determinada se encontrara en la casa. Tal vez el abuelo no quiso que Sunset Manor quedara definitivamente abandonado, y por ello dispuso las cosas de ese modo.

—Le hubiera resultado más sencillo nombrar heredero universal al que se quedara a vivir en Sunset Manor —opiné—. Una condición muy normal, ¿no? ¿Por qué complicar tanto las cosas?

Sigrid parecía tener explicación para todo esa noche.

—En ese caso nos habríamos quedado a vivir todos juntos —susurró—, y ninguno de nosotros habría demostrado su verdadero cariño hacia la casa.

—¿Y por qué le explicó eso solamente a Ketty y no a todos nosotros? —preguté.

—Quizá porque él tenía más cariño a Ketty que a los demás —musitó Sigrid con una mueca de cansancio—. Quizá fuera ésa la verdadera y única razón. Pero ella se vio obligada a explicar la situación a Jim y a mí porque, al estar en la cárcel, no podía aprovecharse de las circunstancias.

—Comprendo —dije—, pero también hay otra cosa que no encaja en todo este asunto.

—¿Qué es? —preguntó Sigrid.

—¿Cómo se podrá saber cuál de los presuntos herederos vive en ese día y está en Sunset Menor?

—Quizá simplemente porque el que en ese día viva y esté aquí, encontrará el testamento, y será el que lo lleve al notario para que lo legalice y le dé estado oficial.

—No me parece una cosa demasiado lógica —expuse—. Puedes encontrarlo tú y robártelo yo luego, presentándolo al notario y siendo yo quien le dé estado oficial, como si lo hubiese encontrado.

—Cierto —musitó Sigrid, dubitativa—. Por fuerza debe haber otro procedimiento.

—Pero no sabéis cuál —dijo Johnson, con acritud—. Afortunadamente, ése es asunto vuestro. A mí no me importa. Y celebro mil veces no estar metido en un lío de semejante calibre.

Yo apreté los labios.

Intentaba angustiosamente resumir la situación y no podía. Había algo que escapaba a mi comprensión y mi lógica.

—Seguro que el testamento tiene que estar detrás de una de las dos puertas rojas que quedan por abrir —dije—. ¿Por qué no las abrimos de una condenada vez y salimos de dudas? ¿Por qué no va uno hasta allí, ayudado por los otros, recoge el testamento o lo que sea, lo presenta al notario y lo repartimos entre los tres de una condenada vez? ¿No es ése el sistema más razonable?

De pronto, pronunciadas ya estas palabras, recordé que no era eso lo que Ketty me había pedido. Ketty quería que el testamento fuera hallado en la caja fuerte del despacho de Red, su difunto esposo. Sólo así podría salvarse. Ésa era la única manera de que no fuese a dar con su lindo cuerpo en la horca.

Pensé también algo que me puso como un nudo de angustia en la garganta.

¿Y si lo que quería Ketty era que nos matásemos todos? ¿Y si lo que pensaba era que nos elimináramos mientras ella estaba bien tranquila y segura en la cárcel de la que, pese a todo, pensaría salir pronto? ¿Y si todo era mentira?

Mi pensamiento, aunque resultara terrible, tenía al fin y al cabo su lógica. Yo lo sabía bien.

Noté que todos me miraban.

—Yo creo que has dicho una gran verdad —musitó Sigrid—. Ésa es la fórmula más razonable. Actuando todos unidos, nada nos puede ocurrir, y supongo que la herencia será lo bastante cuantiosa para que corresponda un buen pellizco a cada uno.

—Menos a mí —dijo bruscamente Gloria—. Si vive mi hermano, yo no tengo ningún derecho a heredarle.

La miré con una expresión que yo pocas veces tengo. Quiero decir que la miré con sincero cariño. Pensaba que, al fin y al cabo, había doce mil razones para que me sintiese generoso con ella.

—Tú me has salvado la vida —musité—. Me la has salvado hace

un momento, ¿y quieres que lo olvide? La mitad de lo que me corresponda será para ti. Resulte una cantidad grande o pequeña, nos la partiremos. Al fin y al cabo es eso lo que tuvo que decidir el abuelo hace años. No pudo excluirte tan injustamente, y en lo que de mí dependa voy a remediarlo.

Gloria me miró a los ojos. Y en los suyos —aquellos ojos que en verdad no conocía— vi una chispita cordial humana que me reconcilió con el destino, que me hizo comprender que no todo era sordidez y dolor sobre la tierra que pisábamos.

—Gracias —susurró—. Únicamente puedo decirte esto: gracias.

—Entonces estamos de acuerdo... —sugerí.

—Sí —dijo Sigrid.

—Por supuesto —afirmó Gloria.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Johnson—. Yo no soy heredero. ¿A mí qué me importa lo que hagáis?

—Pues entonces manos a la obra —decidí—. Cuando hallemos el testamento, os explicaré de todos modos un plan para que Ketty se salve.

Nadie hizo objeciones.

Y nos disponíamos ya a subir hacia el piso superior, donde estaban las puertas rojas, cuando dos agentes del Yard aparecieron en el umbral del vestíbulo.

CAPÍTULO XII

Aquella noche, en la prisión de Brighton, mientras nos interrogaban por separado, uno de nosotros pensó que había sonado la hora del destino, que no era posible perder un minuto más.

Uno de nosotros decidió matar.

Uno de los que estábamos encerrados en celdas individuales, en los sótanos de la pequeña cárcel, pensó que le sería fácil deshacerse de los otros. No era la primera vez que mataba, y conocía la técnica muy bien. Por otra parte, Sunset Manor era un lugar ideal para el crimen, un lugar como no podía elegirse ningún otro.

Aquel de nosotros que estuvo pensando en eso toda la noche decidió que inmediatamente que nos soltaran, ¡mataría!, nos soltaron veinticuatro horas después. Los interrogatorios fueron largos, fatigosos y casi diría que inhumanos si se tiene en cuenta la suavidad de modales de los policías ingleses, que en esta ocasión no se vio por ningún lado. Pero los de la banda de Oswald eran demasiado conocidos como para que no se pudiera apreciar a nuestro favor la eximente de legítima defensa. No incurrimos en ninguna contradicción y, aunque quedó pendiente un juicio previo ante el Pequeño Jurado, la policía nos puso en libertad provisional, como digo, veinticuatro horas más tarde.

Uno de nosotros, al salir a la calle, decidió ya quién sería la primera víctima.

El comisario nos preguntó dónde pensábamos fijar nuestra residencia, pues íbamos a ser citados para el juicio previo ante el Pequeño Jurado, que determina si ha habido delito o no, si debe seguir el procedimiento o archivarlo lo actuado.

—Sunset Manor —dije.

—Sunset Manor —dijeron Gloria y Sigrid.

—Sunset Manor —terminó Johnson.

Aquella noche, en un automóvil alquilado, fuimos todos allí. Todos penetramos como cuervos en la vieja casa, de donde los cadáveres ya habían sido retirados.

Faltaban menos de veinticuatro horas para que expirara el plazo. En menos de veinticuatro horas solo uno de nosotros tenía que vivir.

CAPÍTULO XIII

Cuando llegamos de nuevo a Sunset Manor, una noche cerrada y espesa nos envolvía por completo. La casa estaba a oscuras, como siempre. Parecía, más que nunca, una inmensa tumba. Y en realidad lo era, puesto que el cadáver de Archibald Legan, el abuelo, estaba aún allí, en algún lugar ignorado de la inmensa residencia.

Fue Johnson el que dijo, al entrar en el vestíbulo:

—He traído un poco de petróleo para los quinqués y unas provisiones. Lo compré todo al salir de la cárcel, mientras me ocupaba del alquiler del coche. Supongo que ninguno de vosotros quiere estar a oscuras.

En lugar de mostrarme agradecido, rezongué:

—¿Por qué te empeñas en seguir con nosotros? ¿No he dicho que me he dado ya cuenta de que eres un confidente de la policía? ¿Es que aún quieren vigilarnos más?

—No puede decirse que nos vigilen demasiado —susurró Gloria—. Hasta ahora sólo se han acercado por aquí aquellos dos hombres del Yard que nos detuvieron, pero fue por el estruendo. Tú mismo dijiste que debíamos haber despertado a la mitad de la población de las islas. No me sorprendió nada que apareciesen por allí.

Johnson protestó:

—¡Además yo no soy un confidente! El que alguna vez haya prestado pequeños servicios a la policía, no tiene nada que ver. ¡Nadie me ha encargado que os vigile!

—¿Entonces por qué estás aquí? —le increpé—. ¿Es que sientes curiosidad por saber lo que va a ocurrir con nosotros?

—Justamente, amigo.

—Y así, de paso, vas teniendo buenas oportunidades para liquidarnos, uno a uno, ¿verdad?

Johnson saltó sobre mí. Fue de repente y no pude evitarlo. Además tenía astucia, el tío. Me pegó un rodillazo en el bajo vientre y cuando yo me doblaba gimoteando de dolor me clavó la puntera de su zapato en la mandíbula, dejándome tendido y con la sensación de que me había planchado un tanque.

Menos mal que desde el suelo se apreciaba una maravillosa perspectiva de las rodillas de Sigrid, de modo que me quedé.

—¡El asesino tendrás que serlo tú! —aulló Johnson, mientras me repasaba a puntapiés—. ¡Yo no tengo ningún interés en esa herencia, maldito bastardo, y tú sí que lo tienes! ¡Solamente me quedo para proteger a esas dos muchachas, porque no quiero dejarlas a solas en esta casa y con un perro sarnoso como tú!

A pesar de que la perspectiva de las rodillas de Sigrid seguía siendo la mar de interesante, delante de todos aquellos insultos no tuve más remedio que levantarme para demostrar que yo era un hombre y que podía partirle la boca a Johnson cuando quisiera.

Me puse en pie, y entonces el muy buitre me atizó un mandoble a los dientes que por poco no me deja uno sano.

De modo que cambié de opinión con respecto a lo de partirle la boca.

Mientras vacilaba, a punto de caer, vi que el tipo había acercado demasiado el cuello, y entonces moví los dedos tal y como le había visto hacer a Gloria.

El efecto fue fulminante.

Johnson cayó de bruces, lanzando un entrecortado gemido, mientras se llevaba ambas manos al cuello. No perdió el conocimiento del todo, pero hubiera estado escupiendo maldiciones durante un cuarto de hora si no llega a ponerse Sigrid de rodillas ante él, haciéndole un masaje.

En vista de aquello yo me hubiera dejado atizar otro golpe igual, palabra.

Por fin, cuando entramos en la casa, los cuatro estábamos lívidos, pero Gloria, Sigrid y yo parecíamos más dispuestos que nunca a hacernos ricos en veinticuatro horas.

—¿Vamos a abrir ahora las dos puertas que faltan? —musité, cuando en el vestíbulo hubo luz—. Más vale que no perdamos el tiempo con una cosa así; a lo mejor nos vuelven a detener.

—Seguro que hay un policía con un teleobjetivo en cada árbol

del parque —musitó Sigrid—, pero de todos yo soy partidaria de esperar a la luz del día.

—¿Por qué?

—Esto me da miedo.

—Confieso que lo mismo me ocurre a mí —dijo Gloria.

—Bueno —dijo con gesto magnánimo—. No se puede confiar en el valor de dos débiles mujeres. Me encargaré yo de todo.

Tomé un quinqué y subí a solas las inmensas escaleras de piedra, mientras los otros me miraban desde abajo. Encontré las dos puertas rojas abiertas y la mecedora quieta tras la segunda de ellas. La policía no había tocado nada ni había intentado abrir la tercera puerta porque carecía de orden de registro, y Scotland Yard es muy respetuoso con las normas.

Decidido a lo que fuera, empecé a forzar la tercera cerradura. Pero mis manos expertas se dieron cuenta de algo.

La cerradura había sido tocada recientemente.

No era como las otras, un viejo artefacto sin engrasar que empezaba a lanzar gruñidos pero se abría fácilmente. Ésta había sido encallada a propósito por alguien que entendía de aquellas cosas. Los resortes no giraban debido a la presencia de algún cuerpo extraño.

El que supiera lo que había allí podía desembarazar la cerradura fácilmente, pero yo tenía por delante muchas horas de trabajo a menos que desmontara la cerradura. Y eso fue lo que me propuse hacer.

Descendí a la planta baja, donde todos estaban despachando las provisiones que había traído Johnson.

—¿Ya has abierto? —preguntó éste.

—No puedo.

—Pues no lo entiendo. Me habían dicho que eras un magnífico ladrón.

—Tengo cierta habilidad en las manos, pero nunca las he empleado para robar. No es lo mismo saber montar bien que ser un *jockey*.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Nada. Que necesito desmontar la cerradura de la tercera puerta. Ha sido encallada, yo creo que a propósito.

—¿Y por qué no lo haces?

—No tengo herramientas a propósito —reconocí—. Como no las haya en algún lugar de la casa... Llevo ganzúas y otros cacharros, pero no lo que necesito ahora.

Gloria se puso en pie.

—¿Y por qué no ha de haberlas? Todo lo de este viejo caserón está oxidado y polvoriento, pero sigue aquí. Si en algún tiempo hubo herramientas en algún sitio, allí deben continuar.

—¿Y quién se atreve a buscarlas?

—Yo —dijo Gloria—. ¿Crees que tengo miedo?

—No, claro que no. Ya sé que no lo tienes.

Y volví la cabeza para que ella no pudiese ver la extraña sonrisa que acababa de aparecer en mis labios. Gloria ya estaba en mis manos. Gloria había caído en la trampa.

CAPÍTULO XIV

Pregunté:

—¿Dónde vas a ir a buscar eso, muñeca?

—No lo sé. En cualquier sitio de la casa, aunque no lo conozca bien.

—Precisamente porque no la conoces sería una estupidez que estuvieras dando vueltas por ella... y de noche.

Pero, aunque dije aquello, sabía que Gloria no iba a ceder. Gloria terminaría haciendo lo que se proponía.

—¿Dónde solían estar las herramientas? —preguntó.

—En el sótano.

—¿Es que vas a ir allí? —musitó Sigrid—. ¿Te has vuelto loca? ¿No has dicho hace un momento que tenías miedo?

—Me he dado cuenta de que Jim tiene razón. Si él estaba dispuesto a liquidar el asunto esta noche, por mí no quedará.

—Propongo que busquemos todos —dije entonces, porque no me convenía de ningún modo que mi salida despertara sospechas—. Lo que debemos hacer es repartirnos por la casa.

—¿Por qué lugares? —preguntó Johnson, lleno de suspicacia.

—Pues por el sótano y las buhardillas, por ejemplo. Allí deben estar las herramientas con toda seguridad. A menos que queramos esperar a mañana e ir a comprarlas al pueblo.

—¿Es que no puede abrirse la cerradura de otro modo? —siguió preguntando Johnson.

—La cerradura no puede abrirse en menos de cuatro horas, y desmontarla también es difícil. Los tornillos que la fijan a la puerta son viejísimos y están empotrados hasta el máximo. Desde luego en este caso no valen ni las horquillas ni todos los procedimientos usados por los profesionales. Si tuviese una palanqueta o una llave

maestra sería distinto, pero no tengo nada de eso. Hará falta buscar entre las herramientas que debe haber en algún lugar de la casa.

Desde luego yo mentía. Lo que me interesaba era ir al sótano.

—Entonces no perdamos más tiempo —decidió el mismo Johnson—. Vamos allá. Tú, Jim, buscas en los sótanos junto con Gloria, y Sigrid y yo lo haremos en las buhardillas. El punto de reunión será éste dentro de media hora. No creo que necesitemos más tiempo. ¿Hace?

—Por mí está bien —musité.

—Pues no perdamos más tiempo. A ver si terminamos este asunto de una condenada vez.

—¿Y no pensáis que tal vez nos podemos encontrar con el cadáver? —preguntó de repente Sigrid.

—¿Qué cadáver?

Era como si lo hubiésemos olvidado, como si no supiéramos que el cadáver del abuelo tenía que estar forzosamente allí.

Nadie contestó. Por un momento se dibujó en nuestros rostros como un rictus de inquietud, algo parecido a una sombra que nos cambiaba por completo. Pero estábamos decididos a terminar con aquella pesadilla esa misma noche y ninguno quiso retroceder.

—Vamos —dijo Sigrid.

Nos distribuimos en dos grupos, uno de los cuales descendió a los sótanos mientras el segundo ascendía a las buhardillas del viejo caserón. Llevábamos un quinqué por persona. Caminé a espaldas de Gloria, mientras nuestros pies casi resbalaban por las losas que, en forma de rampa, iban descendiendo a los sótanos. Por fin encontramos una puerta que, según su aspecto, no se había abierto en muchísimos años. Yo recordaba que allí empezaban unos peldaños también de piedra, más allá de los cuales había otra puerta que era la entrada de los sótanos.

Gloria se detuvo.

—¿Tú conoces esto? —cuchicheó.

—Hace muchos años jugaba aquí, pero la verdad es que ahora casi no puedo recordarlo.

—¿No lograrás hacer saltar esta cerradura?

—Probaré.

Yo empleaba una navajita doblada para aquella clase de trabajos, y la verdad es que con cerraduras viejas el sistema no me

daba malos resultados. Y la que tenía ahora delante no sólo era vieja, sino prehistórica. No había en ella la menor picardía. La hice saltar apenas en un par de minutos.

—Lástima que la de arriba no sea así —dije.

Gloria no contestó.

Bajo nuestros pies comenzaban las solemnes escaleras de piedra que parecían llevar a la cámara de los suplicios de una fortaleza medieval. Estaban tan cubiertas de polvo que Gloria se impresionó, cuando en realidad debiera haberse tranquilizado.

—Ese polvo prueba que nadie ha pasado por aquí en muchos años —expliqué—. Si te fijas, no hay ni la menor señal. Y eso significa que nadie puede estar abajo preparando una trampa.

—De todos modos... no me siento tranquila, Jim.

—Lo comprendo. Aunque, si quieres hacerme caso, procura no pensar. Intentaron matar a Sigrid, pero a ti no tiene por qué ocurrirte ningún daño.

Gloria no parecía muy convencida, aunque siguió avanzando en silencio, hasta que llegamos a la otra puerta cuya existencia yo recordaba. Ésta parecía cerrada también.

—Aguarda —musité.

Hice un par de intentos, y entonces me di cuenta de que la puerta cedía. Estaba abierta, aunque le costaba mucho girar sobre sus goznes porque era de una extraordinaria pesadez. Cuando yo la empujé, produjo un chirrido que pareció llegar hasta el fondo de nuestros huesos.

—¿Por qué debía estar abierta? —musitó Gloria—. La otra estaba cerrada, y en cambio ésta...

—No te preocupes. Debía llevar muchos años así. No tienes más que oír el ruido que hacen los goznes.

—Sí, claro...

Pero, por minutos, Gloria iba sintiéndose cada vez menos segura. El ambiente fantasmal de los sótanos, apenas disipadas sus tinieblas por el resplandor de los quinqués, era como para helar la sangre a cualquiera.

Todo estaba construido en piedra, la cual formaba bóvedas bajas como en el interior de un templo románico. Había allí viejos arcones, pesadas herramientas inutilizables, muebles destruidos por la carcoma y antiquísimas armas. Sólo faltaban unas cuantas

tumbas para que la decoración fuese completa. Desde luego las buhardillas, donde estaban Sigrid y Johnson, no podían ser tan tétricas como aquello.

Llegaba un momento en que una gruesa pared dividía el sótano en dos mitades paralelas, igualmente grandes. Yo ya contaba con aquello, y contaba también con lo que le tenía que decir a Gloria.

—Aquí debemos separarnos.

—¿Po... por qué?

Gloria tenía miedo, mucho miedo. Todo su valor había ido disolviéndose en el ambiente espantoso del sótano. En aquel momento hasta sentí pena de ella, porque me di cuenta de que todo iba a resultar demasiado fácil. Pero deseché ese sentimiento inútil.

—¿Qué lado escoges? —pregunté.

—¿Es indispensable que nos separemos?

—Naturalmente que sí. De lo contrario no terminaremos nunca, y este asunto ya me está poniendo nervioso.

—Entonces como tú quieras.

—Vete por la izquierda —aconsejé—. Creo recordar que es el sitio menos sombrío y más pequeño.

—¿Cómo te avisaré si encuentro algo, Jim?

—Bastará con que eleves un poco la voz. Yo te oiré fácilmente. ¿No te has dado cuenta de que aquí resuena todo?

—Sí, claro que... sí.

Nos separamos. Ella fue por la izquierda y yo por la derecha. Vi alejarse la luz de su quinqué poco a poco.

Aguardé unos minutos aún. Dos, tres...

Luego dejé mi quinqué en el suelo, para que, en caso de verlo, pudieran creer que yo estaba por allí cerca. Me alejé como una sombra en dirección a la salida del sótano.

Ahora sentía, de pronto, como si los años no se hubieran ido. Recordaba extrañamente cada rincón, cada relieve de aquellos sótanos inmensos donde tantas veces había jugado durante mi niñez. Y recordaba dónde podía encontrar lo que yo andaba buscando.

Las armas, las viejas armas que en otro tiempo el abuelo coleccionó orgullosamente.

A tientas, busqué el cuchillo de lanzar que antes había visto, al pasar con Gloria por allí.

Era una magnífica arma de hoja agudísima y mango pesado como el plomo, con el que resultaba imposible fallar si uno la lanzaba bien. Y yo he sabido lanzar el cuchillo desde los días de mi niñez.

El tiempo no había podido con el magnífico acero, que se conservaba intacto.

Regresé, caminando a tientas.

El quinqué estaba donde yo lo había dejado, iluminando una tétrica zona del sótano. No se oía el menor rumor, lo cual indicaba que Gloria seguía buscando. Había llegado mi momento.

¿Quién podía estorbarme allí?

Avancé cautelosamente hasta llegar al arco, cuya existencia conocía, y que era como una puerta que unía ambas mitades del sótano.

Todo esto lo hice a oscuras, palpando las paredes, porque no quería que la luz me delatara.

Bajo el arco me detuve.

Gloria tenía que pasar por allí.

En efecto, vi su luz apenas un minuto más tarde. Ella avanzaba con mucha mayor lentitud que yo, a pesar de llevar luz, porque se iba fijando en todos los detalles y porque se sentía mucho menos segura. Cada sombra debía parecerle un enemigo acechando y, en cambio, no imaginaba que allí, a dos metros de ella, estaba yo armado con un cuchillo.

La vi con mucha claridad. El quinqué iluminaba su pujante cuerpo y su bonito rostro. No había posibilidad ninguna de error. A aquella distancia no podía fallar. Contuve la respiración y levanté el cuchillo.

¡Ahora!

Gloria contuvo un gemido de horror cuando la hoja de acero, como algo mortalmente invisible, pasó apenas a dos pulgadas de su garganta. El puñal dio una vuelta en el aire y se clavó en el compacto marco de una puerta que había poco más allá.

Ahora sí que Gloria lanzó un gemido de horror, un grito que era casi inhumano y que delataba la angustia de la muerte.

Supo que estaba perdida.

Todavía conservando el quinqué, corrió alocadamente hacia la salida del sótano mientras yo salía del arco, a tientas, y recuperaba

el cuchillo.

La seguí, y creo que en la oscuridad debió oír detrás de su nuca mi respiración jadeante.

Aún pienso en el ramalazo de horror que debió recorrer su espalda, en la angustia negra que ella debió sentir al escuchar mis pisadas tras las suyas. Aún pienso en lo que yo sentí cuando me detuve y, por segunda vez, levanté el cuchillo.

Había sido una estúpida al conservar el quinqué. Así la veía con demasiada perfección.

Estaba a unas seis yardas, distancia ideal para el tiro con aquella clase de arma. Me preparé bien y volví a lanzarla.

CAPÍTULO XV

El puñal osciló como la primera vez en el aire, trazando en la penumbra un segmento de luz. Rozó casi los cabellos de Gloria y fue a incrustarse en un marco de madera de la pared, a dos dedos de su cabeza.

Gloria lanzó un grito de angustia y corrió hacia la derecha, donde había una puertecita.

Se daba cuenta de que estaba acorralada, de que jamás llegaría hasta las escaleras de salida del sótano. Se daba cuenta también de que aquella puertecita, que no sabía adónde conducía, era su última esperanza.

La abrió.

La puertecita daba a un ascensor, un viejo y amplio ascensor que el abuelo tenía instalado desde muchos años atrás, y que le servía para desplazarse directamente desde su habitación a las profundidades del sótano.

Yo lo recordaba, pero jamás hubiera creído que aquel ascensor funcionara aún.

De todos modos era igual.

Era igual que si no funcionase, porque el horror mismo estaba allí. Porque la sensación de angustia, de náusea, de terror, entró por los ojos de Gloria y pareció llegar hasta el fondo de su cerebro, hasta el fondo de su boca.

Oí su grito terrible repercutiendo como una agonía de pared a pared del sótano.

El cadáver del abuelo estaba allí.

Estaba allí, sentado, hierático, tal como lo habíamos visto tras la primera puerta roja.

A Gloria le fallaron las rodillas, estuvo a punto caer, y en ese

momento salté sobre ella.

Gloria aún pudo volverse. Aún pudo mirarme con hermosos ojos extraviados, mientras yo la sujetaba.

—De modo... que eras tú... —balbució.

Y yo susurré:

—Sí, pero calla... No debes separarte de mí. Yo soy tu única esperanza.

—Jim, ¿cómo... cómo es posible que...?

—¿Que haya intentado matarte? No lo he intentado muchacha. Tiro el cuchillo lo bastante bien para no haber fallado ninguna de las dos veces. Sólo quería asustarte, hacer que sintieras el frío de la muerte para observar tu reacción. Porque yo sospeché de ti, Gloria. Durante todos estos días has sido para mí la sospechosa número uno.

—¿Por qué?

—Precisamente porque tú eres mi heredera y podías tener interés en ir eliminando a todos, dejándome a mí el último. Y porque, después del atentado sufrido por Sigrid, encontré en la casa un cigarrillo que sólo podías haber fumado tú, ya que estaba deformado por la presión de unos dedos como los tuyos, teniendo en cuenta que las mujeres fumáis con la mano derecha. Supe entonces que tú estabas en Sunset Manor y, lógicamente, sospeché de ti con todas mis fuerzas. Esas sospechas sólo se han disipado ahora, al ver que en realidad eres una pobre chica asustada.

Seguí sosteniéndola, porque de lo contrario hubiese caído. Ella miraba el cadáver del abuelo obsesionada.

—¿Quién ha puesto ese cuerpo... ahí? —susurró.

—La misma persona que asesinó al abuelo, que asesinó al marido de Ketty y que va a intentar matarnos ahora. Esa persona tuvo una buena sorpresa cuando vio el cadáver tras la primera puerta roja. Pensando que aún podía comprometerle tal vez, lo ocultó aquí con ánimo de hacerlo desaparecer en cuanto le fuera posible. Sin duda el abuelo encargó de palabra, poco antes de morir, que embalsamaran su cuerpo y lo dejaran en la casa. Evidentemente eso representa una transgresión de las leyes sanitarias del país, pero la persona que lo hizo debió cobrar una buena suma por ello.

Gloria me miraba con ojos obsesionados, muy abiertos.

—Entonces el que quiere matarnos sólo puede ser una de estas dos personas, Johnson... o Sigrid.

—Exacto —musité.

—¿Tú qué crees?

El marido de Ketty pretendió antes a Sigrid. Puede que hubiera de por medio una cuestión de celos.

—¿Es que Ketty no llegó a matar?

—Creyó que lo había hecho, pero en realidad su marido ya estaba muerto cuando ella disparó. Ella no podía soportar más las espantosas torturas de que la hacía objeto, y en un momento de obcecación disparó contra aquel hombre. Pero en realidad, repito, él ya estaba muerto. Acababa de morir envenenado, como murió el abuelo.

—¿De qué manera has llegado a saber eso?

—Leyendo detalladamente el sumario del crimen por el que se acusa a Ketty. No olvides que, en vista de lo sucedido, yo puedo ver las cosas con otro enfoque que ahora no han podido dar ni el fiscal ni el defensor. Cuando se pida la exhumación del cadáver y se realice un detallado análisis de vísceras, podrá apreciarse la existencia de digitoxina, seguramente. Y podrá apreciarse la también que no fueron las balas la verdadera causa de muerte. Ketty saldrá absuelta porque nadie puede matar al que ya no vive, o en todo caso se la condenará a una pena relativamente leve por delito frustrado, ya que hay que reconocer que su intención era matar.

Respiré con angustia y añadí:

—Lo que resultará difícil será demostrar la existencia del mismo veneno en las vísceras del abuelo, porque al embalsamarlo le fueron extraídas esas vísceras. Pero por el libro de registro del embalsamador tal vez logremos averiguar alguna cosa; es más que posible que él anotara algo que le llamó la atención y eso nos servirá de prueba.

—¿Pero cómo es posible que en ninguno de ambos casos los médicos notaran nada especial?

—En el caso del marido de Ketty ello es lógico porque los forenses ya tenían una causa de la muerte visible, y no se les ocurrió buscar otras. En el caso del abuelo porque el viejo médico de la familia, no ocurriéndosele jamás que su cliente pudiera ser

asesinado, confundió los efectos de la digitoxina con un ataque cardíaco, pues ésa es precisamente la forma como actúa el veneno.

—Pero...

Gloria no podía hablar. Aquel mar de horror en que estábamos nadando resultaba demasiado terrible para ella. Cuando la empujé hacia el ascensor quiso resistirse, pero ni para eso le quedaron fuerzas.

—Es mejor que subamos —dije, desclavando el cuchillo y ocultándolo entre mis ropas—. Este ascensor nos conducirá directamente a los pisos superiores. El asesino, sea quien sea, no espera que nos atrevamos a utilizarlo.

—Por Dios, Jim... No quiero entrar ahí... ¡No quiero entrar ahí!

—Tienes que armarte de valor. Es preciso.

La introduje y cerré las puertas. La luz que se había encendido al abrirse éstas continuó igual. Gloria ocultó el rostro contra mi pecho, para no ver el cadáver, mientras yo examinaba el cuadro de botones.

Éste era muy sencillo; sólo había dos.

Uno era rojo y debía ser el timbre para caso de accidente. El otro era negro y debía llevar directamente a la habitación que en otro tiempo ocupó el abuelo. Oprimí el negro.

Con esa lentitud que tenían los ascensores de otras épocas, el mecanismo chirrió y se puso en marcha.

Gloria contenía la respiración.

Yo estaba pensando con angustia en lo que íbamos a encontrar arriba.

El ascensor se detuvo sin ruido ante una puertecita color castaño que yo ya conocía.

—Es el viejo dormitorio del abuelo —susurré—. Voy a salir. Tú quédate un instante aquí... Sólo un instante. En cuanto veas que yo te hago una seña, sal lo más rápidamente que puedas.

—Descuida. Saldré rápidamente, eso te lo prometo... no me voy a quedar ni un segundo de más aquí.

Abrí la puerta, que chirrió levemente, y escuché el espantoso silencio que se produjo a continuación.

Salí.

Los viejos y solemnes muebles, iluminados por el resplandor de la luna, me produjeron el efecto de los objetos que en las tumbas

faraónicas se depositaban junto al cadáver, para que éste pudiera servirse de ellos en la otra vida. Pocas sensaciones recuerdo tan lúgubres y siniestras como la que entonces experimenté.

Pero había que actuar. No quedaba tiempo para pensar en las tumbas de los faraones.

—Sal tú también —cuchicheé, mirando a Gloria.

Ella obedeció.

Abrí la puerta del dormitorio, que era de roble tallado, y salimos pasillo de las puertas rojas. Dos de ellas estaban abiertas. La tercera se mostraba a nuestros ojos como una mancha de sangre.

¡Pero vimos que ésta se hallaba entreabierta también! ¡Y por sus costados se filtraba el leve resplandor lanzado por un quinqué! ¡Alguien estaba tras ella!

CAPÍTULO XVI

Fue en ese momento cuando oímos el grito.

El grito agónico, angustioso, estremecedor de Sigrid. Di un salto y, sin saber cómo, me encontré en el umbral de aquella puerta. No pensé que Johnson era el que la había encallado, abriéndola luego. Sólo pensé que amaba desesperadamente a Sigrid. Creo que fue en aquel trágico momento cuando me di cuenta.

Vi a Sigrid allí.

Sigrid estaba caída en tierra, con el vestido rasgado y al descubierto parte de sus hermosas piernas. Había existido lucha antes de llegar a aquel momento, eso se comprendía al primer golpe de vista. Y se comprendía bien que la muchacha iba a morir, porque Johnson, después de haberla derribado al suelo, la estaba apuntando con un revólver.

Sin duda él la había desorientado por la casa, pero Sigrid le encontró cuando estaba abriendo la tercera puerta roja. Eso podía significar su sentencia de muerte.

Me arrojé sobre Johnson, sin pensar que él tenía un revólver y yo únicamente las manos desnudas. Ni siquiera me había acordado de sacar el puñal; además hubiera sido inútil, por falta material de tiempo para lanzarlo. Me habría asado siete veces antes de conseguir yo nada.

Disparó, y la bala rozó mis cabellos. Rodamos los dos por tierra, mientras yo trataba angustiosamente de sujetarle el arma.

Yo no entendía aquello. Yo no entendía por qué Johnson podía ser el asesino, puesto que Sigrid era la única que podía tener interés en acabar con nosotros. Pero él... ¿Por qué?

Bruscamente se esfumaron todos aquellos pensamientos.

Johnson, a pesar de mis esfuerzos, había logrado disparar otra

vez, y la bala, casi a boca jarro, penetró en mi cadera izquierda. Un poco más allá y me atraviesa el vientre o el hígado, con lo cual la herida hubiese sido mortal. Pero, aun no siéndolo, el dolor me hizo soltarle. Johnson dio un salto y se situó ante mí, temblándole el revólver en la mano derecha.

Comprendí que iba a morir, comprendí que aquél era el fin, pero al menos quise salvar a las dos mujeres.

—¡Huid! —grité—. ¡Saltad al otro lado de la puerta!

Ninguna de las dos quiso hacerme caso, pero obedecieron cuando Johnson disparó contra ellas. Aunque estaba demasiado nervioso para hacer blanco, la bala arrancó cabellos de la cabeza de Sigrid. Las dos saltaron como dos jóvenes tigresas, retrocediendo y parapetándose tras la segunda puerta roja. Jonhson no volvió a disparar.

Yo no le dejé.

A pesar de que el dolor me subía desde la cadera a la cabeza en sucesivas oleadas de fuego, hice un frenético esfuerzo y salté sobre él, intentando sujetarle las piernas. No lo conseguí. Johnson no tuvo más que mover el pie derecho y clavarme la puntera en el mentón, haciéndome caer hacia atrás, sin fuerzas para nada.

—Ellas... avisarán a la policía —balbucí, intentando angustiosamente ganar tiempo.

—Tardarán mucho. En Sunset Manor no hay teléfono y para cuando lo consigan ya habrá terminado todo.

—¿Por qué... no las matas?

—Porque tu muerte podré justificarla seguramente como caso de defensa propia, o porque podré simular un accidente a pesar de lo que declaren esas dos. Pero nunca podría justificar tres muertes. Y no quiero ser millonario mientras cuelgo de una horca.

—¿Millonario tú? ¡Eso es absurdo! ¡Tú te has vuelto loco! ¡No tienes ningún derecho sobre la herencia!

—¿No? ¿Eso crees, pequeño idiota? ¿No se te ha ocurrido que pude comprar los derechos al marido de Ketty, Red, y envenenarle luego? ¿No se te ha ocurrido que puedo estar yo en su lugar?

Abrí mucho la boca, mientras sentía que me faltaba respiración.

¡Johnson no era heredero, pero podía haber comprado los derechos a la herencia!

¡Me estaba diciendo la verdad!

Una sorda angustia, una honda desesperación se adueñó de mí.

—¡Dispara! —aullé—. ¡Dispara de una maldita vez!

Pero Johnson sonrió fríamente.

—No hay que perder la cabeza, amiguito. Tú ya no puedes estorbarme de momento, ni esas dos locas tampoco. Ya has visto que tras la tercera puerta roja no había nada: una simple habitación vacía. Pero tras la cuarta tiene que haber algo que me permita ser el heredero. ¡A mí solamente! ¿No sabes que yo también hablé con Ketty? ¿No sabes que ella me contó muchas cosas, con tal de que ayudara a sacarla de allí? Y recuerdo perfectamente lo que me contó del testamento: el primero que estuviera en Sunset Manor en esta fecha y llegara a encontrar el documento, lo heredaría todo. Y el primero voy a ser yo. ¡Voy a ser yo sin que tú puedas evitarlo!

Desde luego, el muy pedazo de hiena tenía razón en algo y era en que yo no podía hacer nada.

Las oleadas de dolor iban en aumento. Mi cuerpo parecía convertirse en piedra.

—Luego terminaré contigo —susurró—. Tendré tiempo para arreglarlo todo fingiendo un accidente o un suicidio.

Giró el revólver, disparó contra la cerradura de la última puerta roja y la hizo saltar. La luz del quinqué se proyectó también hacia el interior de aquella habitación, que estaba vacía, no habiendo en ella más que una pequeña caja de caudales empotrada en una de las paredes, pero con la llave puesta.

Johnson avanzó hacia ella.

Hizo girar la llave.

Yo lo miraba todo desde el suelo, como hipnotizado, sabiendo que no tenía fuerzas para impedirlo. Sabiendo que no tendría fuerzas ni para evitar mi propia muerte. Dentro de la caja había un pergamino doblado y un medallón. Un medallón de bronce y de enormes dimensiones, en el que se veía grabado un escorpión, y el cual colgaba de una pesada cadena.

Las manos ansiosas de Johnson desdoblaron el pergamino. Sus ojos recorrieron lo que estaba escrito allí.

—Tenía razón Ketty —musitó—. Todo es mío ahora. Sólo debo ponerme el medallón y oprimir el resorte que hace funcionar una cámara fotográfica en el interior de la caja. Luego llevar a un notario el documento y la cámara para que su contenido sea

revelado ante él. ¡Todo es sencillo, muy sencillo! ¡Ese pobre imbécil que era tu abuelo sabía hacer las cosas bien!

Guardó el pergamino en uno de sus bolsillos y se puso el medallón mientras la alegría le hacía reír secamente.

Y, de pronto, de su garganta escapó un grito de horror. ¡Un espantoso grito de agonía!

Contemplé aquello con asombro, con incredulidad, creyendo que vivía una pesadilla.

El medallón, como he dicho, era muy pesado, y al colocárselo uno del cuello debía quedar como empotrado en el pecho. Pues bien, de ese medallón... ¡salieron unas púas aceradas que se clavaron en el pecho de John! ¡Unas puntas envenenadas que le hicieron lanzar grito de agonía!

Ha transcurrido algún tiempo y recuerdo los detalles con un poco de imprecisión, pero sé que aquello no lo olvidaré nunca. Johnson cayó a tierra, como fulminado por un rayo. Vi en sus ojos de asombro, el horror, la desesperación más negra. Vi que sus manos se crispaban en el aire antes de quedar quietas para siempre. Que su cuerpo se tensaba como un arco antes de quedar exánime.

Entonces lo comprendí todo.

El abuelo había llegado a saber, antes de morir, quién era el que le había envenenado. Comprendiendo que sería inútil denunciarlo a la policía, porque no tenía pruebas irrefutables de culpabilidad contra Johnson, había aquel último y extraño testamento... ¡sabiendo que, de un modo u otro, Johnson sería el primero en llegar allí! ¡Sabiendo que pagaría con su propia carne el crimen que cometió!

¡La venganza había llegado desde más allá de la tumba!

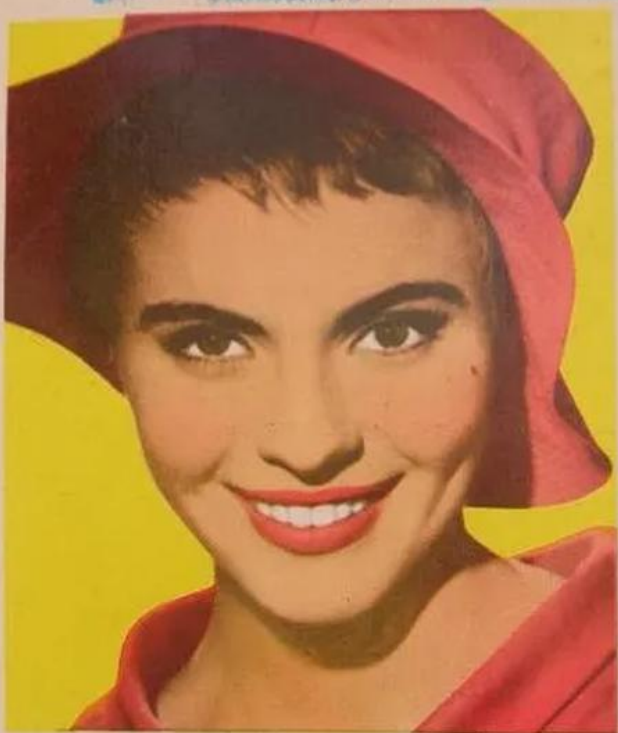
No sé cuánto tiempo pasé allí, atónito, pensando, sin saber qué hacer y sin poder moverme. Lo único que sé es que cuando Gloria y Sigrid llegaron con la policía, había perdido mucha sangre y estaba a punto de convertirme en un cadáver como Johnson. Lo único que sé es que Sigrid me besó. ¡Y que me dejaría atizar igual otra vez con tal de que volvieran a besarme de ese modo!

Recuerdo también que era más de medianoche cuando salimos de allí. Miré los relieves siniestros de Sunset Manor y supe que nunca más volvería a aquella casa.

Pero una nueva vida comenzaba para mí. Los tres íbamos a tener

dinero contante y sonante por primera vez. Y yo tenía también amor, que es lo más barato y ¡ejem!, también lo más caro que se encuentra en este mundo.

FIN



N.º 1581

Jean Seberg

La bella protagonista de "El Sabor del Miedo" nació en Marshall Town el día 13 de noviembre de 1938. Ha interpretado "Santa Juana" y "Bonjour Tristesse".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. ★ Impreso en España - Printed in Spain